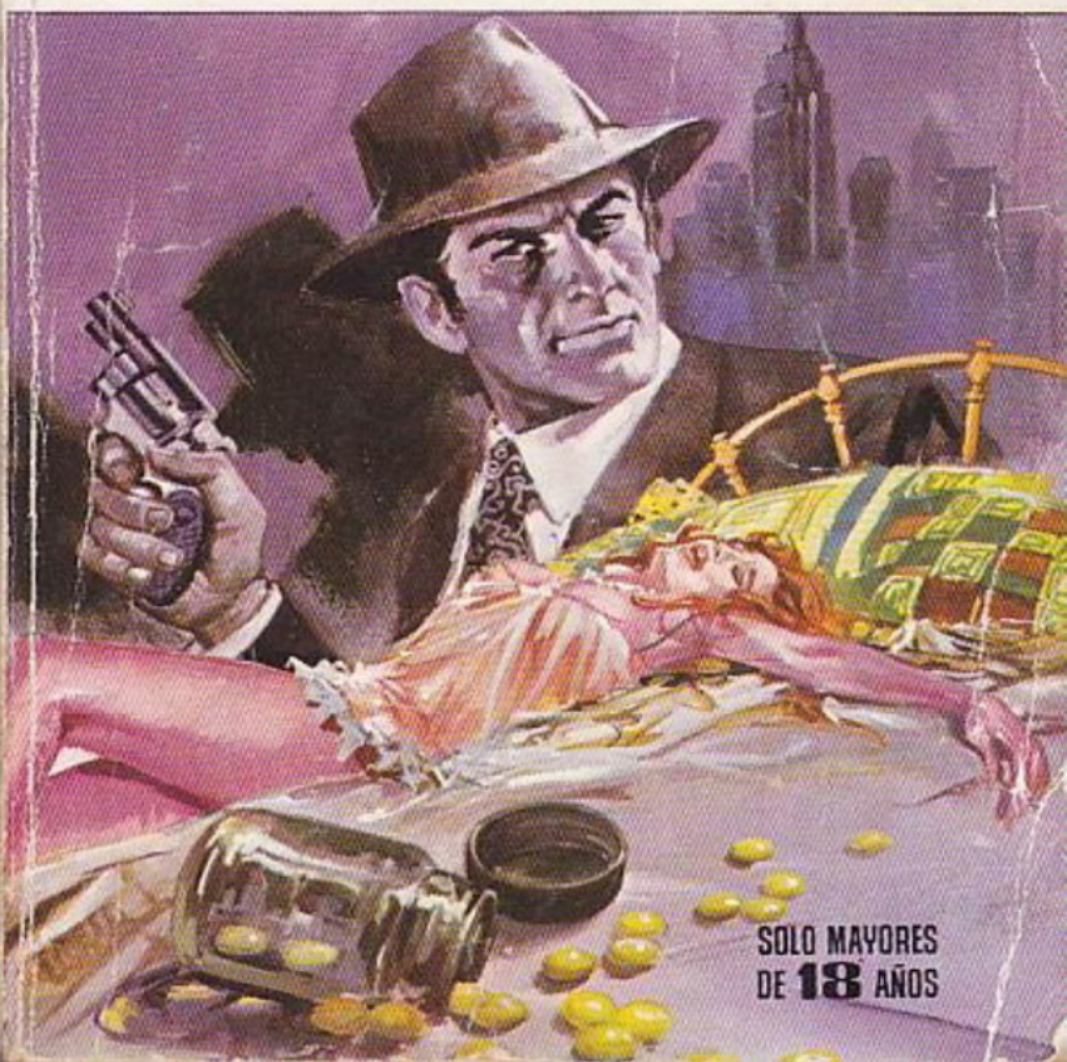


MUERE SIN DESPERTAR

Curtis Garland

PUNTO
ROJO

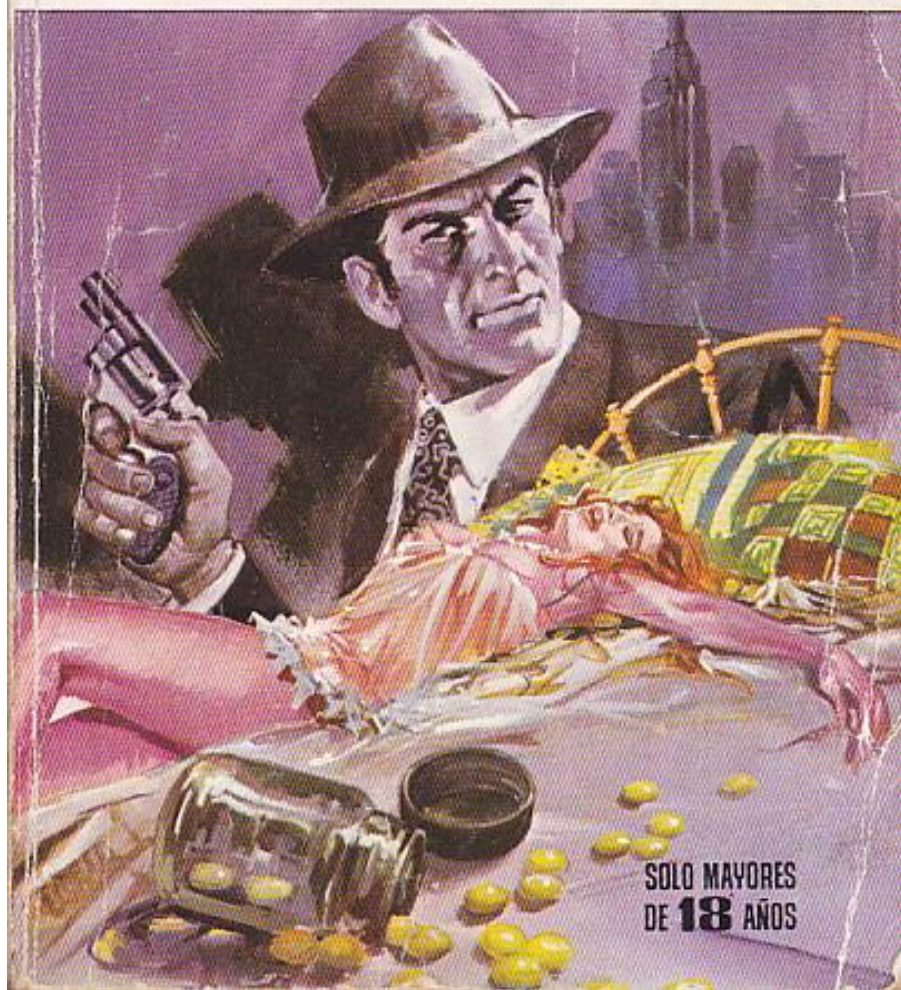


SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

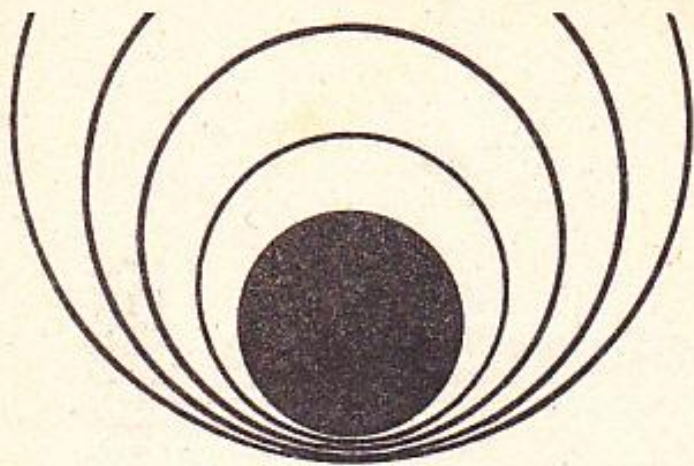
**PUNTO
ROJO**

MUERE SIN DESPERTAR

Curtis Garland



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS



PUNTO ROJO





CURTIS GARLAND

MUERE SIN DESPERTAR

Colección

PUNTO ROJO n.º 927 Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA • BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS • MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA
EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.538 — Broadway Story.

En Colección PUNTO ROJO:

924 — Los cinco cráneos.

En Colección LA HUELLA:

134 — Pasaje sin salida.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 37.508 - 1979

Impreso en España • Printed in Spain

1.a edición: enero, 1980

© Curtis Garland - 1980

texto

© Miguel García * 1980

cubierta

Concedido'; derechos exclusivos a favor de ED I TOR. 1 AL-BRUGUERA
S A. Mora la Nueva. 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con

personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A, Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1980

CAPITULO PRIMERO

Mi nombre es Darren Garfield.

Acababa de ser licenciado definitivamente de las Fuerzas Armadas, apenas obtenida el alta del hospital militar de San Francisco donde había pasado varias semanas.

El médico no se anduvo por las ramas conmigo cuando me dio el boleto para salir de allí de una vez por todas. Era un tipo sincero, y esperaba que yo estuviera lo bastante curtido después de lo de Guadalcanal, lo de Iwo-Jima y las Filipinas, como para no arrugarme ante la verdad:

—Mire, amigo, el Ejército le da la licencia por la misma razón que yo le doy la baja. Aquí no podemos hacer más por usted, y usted ya no puede hacer más por ganar esta guerra de lo que ya haya hecho hasta ahora. Su mano derecha no se recuperará nunca totalmente. No puede empuñar un arma con ella, y menos aún dispararla. Esos tendones que le estropeó la bala japonesa han sido enlazados, pero no volverán a ser lo que fueron.

Varios de sus dedos están casi inmóviles, como ha visto, y no se recuperarán por mucho que los ejercite, aunque sí obtendrá algo más de movilidad. Para una vida normal, apenas si le quedará una cierta torpeza al moverla. Para ir al frente, se le considera inútil a todos los efectos, como ya hice constar en mi informe previo.

—Entiendo —asentí despacio con una cierta sonrisa—. Soy eso que llaman un inválido de guerra, ¿no es cierto?

—No tanto. Podrá hacer muchos trabajos todavía, aunque podría acogerse al subsidio de invalidez si lo desea. Yo podría dar en ese sentido un informe positivo, y no tendría dificultades en que se lo concedieran...

—No, gracias —rechacé—. A los veintiocho años no me gustaría saber que vivo de una limosna del Tío Sam. Me haría sentir mucho más incapacitado de lo que estoy.

El médico no insistió, y yo abandoné el hospital cargado con mi valija en la mano izquierda, ya que la derecha tenía escasa fuerza y muy poca flexibilidad en los dedos.

Era cosa de empezar a ejercitar la mano zurda, si quería ser capaz de

hacer algo en la vida que no fuese cobrar un miserable subsidio del Gobierno, por culpa de aquella maldita bala japonesa, perdida en las selvas de Luzón.

Mi situación no era totalmente ruinoso, aunque no podía decir que fuese boyante, ni mucho menos. Una ojeada a mi talonario, me había confirmado que mi cuenta bancaria, incrementada durante los meses de servicio en el Pacífico, arrojaba un saldo de dos mil setecientos noventa y dos dólares con cincuenta centavos. Era algo para empezar. Pero para empezar ¿el qué? Ese era el verdadero problema.

Lo malo de la guerra es que le desplaza a uno de la vida normal, y el regreso se hace realmente difícil. Ahora no sólo tenía que empezar a manejar una mano zurda, sino que debía readaptarme a la vida civil. Y eran dos años, dos largos años de servicio en el Ejército, como infante de Marina en las calurosas, húmedas y ensangrentadas islas del Pacífico.

Muchas cosas, sin duda, no serían ya como eran en América. Ni siquiera en California.

Mi entrañable y natal California, donde por suerte me hallaba ahora. Era la ventaja de combatir en el Pacífico. Casi siempre enviaban a los heridos a hospitales de la costa Oeste

del país.

Observé por las carteleras de los cinematógrafos de la ciudad, que Bogart seguía siendo el tipo de moda en Hollywood, y que las películas en exhibición continuaban perteneciendo, en gran cuantía, al «cine negro» policíaco. Uno de mis géneros favoritos, tal vez por deformación profesional.

Después de todo, yo había sido detective privado. No como esos tipos estupendos, duros y llenos de suficiencia que se veían en las películas, sino un auténtico, oscuro y mediocre detective de una sórdida oficina de investigaciones privadas en un barrio de Los Angeles. Trabajé durante cosa de año y medio a las órdenes de un tal Delano, que era el titular del negocio. Iba a independizarme cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor. Y allí terminó todo. Me alisté en las Fuerzas Armadas y me destinaron a un cuartel de instrucción intensiva de infantes de Marina. Desde allí, partí con una expedición hacia el Pacífico.

Y ahora había regresado. Sin saber qué hacer ni por dónde empezar. Con mi mano derecha incapacitada, veía difícil seguir como detective.

Se supone que un investigador privado necesitaba, llegado el caso, utilizar un arma de fuego. Yo no podía hacerlo, a menos que me convirtiera en un zurdo aceptable.

El año 1945 se acusaba en San Francisco, y supongo que en todas partes, la situación de guerra por la que pasaba el país. Se veía poca juventud por las calles. Y mucha de la que se veía, llevaba el uniforme de la Navy, del Ejército o de la Aviación. Desde las paredes de los edificios, pasquines propagandísticos advertían a la población civil de la necesidad de ser discretos, porque «oídos enemigos podían espiarnos». En otros carteles agresivos, el Tío Sam o un soldado herido le señalaban a uno, exigiéndole alistarse, en bien de la patria, de la victoria y de la derrota del nazismo.

Los periódicos daban noticia de las Victorias aliadas en Europa, de los futuros resultados de la Conferencia de Yalta, y de la paulatina derrota hacia la que eran conducidos los japoneses en el Pacífico por nuestros bravos muchachos. Todo esperanzador, todo triunfalista, por supuesto. Pero la amargura de la guerra estaba presente en la retaguardia, pese a todas las propagandas para levantar la moral del ciudadano americano. Podía palpase en el ambiente.

Pero los americanos somos un pueblo optimista por naturaleza. Y estábamos seguros en el fondo de que los males tocaban a su fin, aunque a nadie se nos ocultaba que la post-guerra, con sus problemas de economía y readaptación, iba a resultar mucho más difícil de lo previsible.

Al diablo con todo eso, pensé, tratando de leer la página de tiras cómicas del periódico que acababa de adquirir, antes de subir al viejo tranvía de Marker Street, y sentarme detrás de dos marinos y delante de cuatro soldados de Infantería de Tierra. Los marinos no me dirigieron ninguna ojeada malévola, y eso me hizo recordar que ya no lucía mi uniforme de Infantería de Marina (1). Sonreí, tratando de enterarme de cómo Dick Tracy luchaba contra unos malvados espías alemanes, o de qué forma Flash Gordon seguía viajando de planeta en planeta como si tal cosa.

(1) Es tradicional la rivalidad enconada que existió siempre en Estados Unidos entre los infantes de Marina y los marinos propiamente dichos.

Al volver la página, me encaré con las noticias cinematográficas, que ocupaban toda una página, salpicada con las inevitables fotografías de Bette Davis, el eterno *Boggie* (2), las bellas piernas de Betty Crable y la

sonrisa estereotipada de Alan Aladd tratando de convencer en su papel de «duro».

(2) Diminutivo cariñoso con que fue conocido Humphrey Bogart. (Notas del Autor.) Me encontré con dos noticias que atrajeron en especial mi atención. Una se refería a una vieja amiga mía, aunque de vieja no tenía precisamente nada, ya que sólo conocía por haberla visto en unos papelitos cortos, junto a actores como Dick Powell o Joseph Cotten, si bien últimamente había leído en el frente, cuando alguna publicación caía en nuestras manos con noticias de la patria, que era una célebre actriz e iba a interpretar un papel estelar, al lado de Errol Flynn.

Se trataba de Yvonne Davis, una joven *star* con futuro y con un físico impresionante.

Había muerto el día anterior, inesperadamente, justo cuando iba a rodar los primeros pla-nos de su nuevo filme junto al galán arrogante del bigotito y la sonrisa. Errol Flynn en persona, lamentaba en una corta entrevista la prematura y trágica muerte de su partenaire, hallada muerta en su lecho, por su propia doncella, cuando fue a llevarle el desayuno.

Esa era una mala noticia. La otra buena, se refería a mi amiga Berverly Nolan, una de las más famosas «estrellas» de musical y de comedias divertidas de todo Hollywood. Acababa de interpretar un gran papel en *Chicas que van a la Guerra*, junto a Dana Andrews, Fred McMurray y Lana Turner. Algo grande, vamos, según las crónicas que se podían leer allí.

Examiné la fotografía de Beverly y casi me resultó desconocida. Ahora iba más rubia, siguiendo la moda, y su sombrerito con velo, su maquillaje de típico producto «made in Hollywood», y su traje sastre a la moda, con zapatos de tacón alta, medias de nylon y bolso de charol, la hacían diferente a la muchacha que yo conociera entonces, iniciando su carrera cinematográfica en la dura y difícil jungla de la Meca del Cine.

—Vaya, querida Beverly —comenté entre dientes, con verdadera complacencia—. Me alegra que seas alguien en el cine. Ese fue siempre tu sueño. ¿No es cierto?

Pero el rostro bonito y estereotipado de Beverly Nolan, se limitó a sonreírme fríamente desde el papel impreso, porque no podía hacer otra cosa. Entonces recordé que hubo un tiempo en que ella me había

gustado, y hasta había pensado en casarme con ella.

Creo que fue entonces cuando me asaltó la idea de regresar a Los Angeles.

Y lo malo es que regresé.

* * *

Regresé dos días más tarde.

La verdad es que no pensaba volver a mi antiguo oficio de detective privado. Mi mano izquierda aún no estaba a punto para algo así. Pero yo había hecho también mis pinitos como escritor, en un semanario de Los Angeles, publicando algunos cuentos y relatos cortos allá por el año 1941.

Este podía ser un buen momento para intentar volver a esa tarea. Después de todo, .mi mano derecha podía teclear en la máquina de escribir caso normalmente, y ese trabajo

era menos dura, para un medio inválido, que andar metido entre gentuza, hurgando en las vida ajenas, y exponiéndose siempre a recibir un mamporro o algo peor. Claro que también era más difícil abrirse camino, pero yo no soñaba con ser un famoso guionista en Hollywood, ni nada parecido, de modo que me conformaría con poco.

Cuando llegué a Los Angeles, las cosas no eran diferentes a primera vista de como era en otros lugares. Mucho uniforme por la calle, mucho ambiente patriótico, y mucho pasquín propagandístico. Lo de siempre. Recordé que incluso tipos como Clark Gable «el Rey», y Jimmy Stewart, andaban haciendo la guerra, con alta graduación. Era difícil no vivir la psicosis bélica, porque ésta se hallaba presente en cada sitio que uno pisaba, en cada persona que veía, creo que incluso en las células de uno mismo.

Me dirigí en primer lugar al *Film Weekly*, un semanario ilustrado donde la información puramente cinematográfica, repleta de fotografías de todos los «astros» de moda, de pe-lículas en rodaje o de estreno inmediato, se alternaba habitualmente con la publicación de *Short stories*, casi siempre de acción, dentro del estilo típico de la *hardboiled novel*, tan en boga en esos momentos (1), muchas de las cuales, al caer en manos de algún productor, llegaban incluso a convertirse en película. Yo no aspiraba a tanto, pero sí a publicar unos cuantos relatos con los cuales ganarme unos dólares e iniciar un trabajo determinado.

(1) Nombre anglosajón original, dado a lo que se ha dado en llamar, en España, «novela negra». Este último nombre tiene su origen real en el «román noir» francés más que en el original inglés, siendo sin embargo los anglosajones los auténticos creadores del estilo de «novela negra» o «filme negro», para definir en ese apartado a la literatura policíaca, de acción, de intriga o suspense, y géneros afines. (N. del E.)

Austin Goodman era el jefe de redacción y editor de la publicación, y con él me entrevisté de inmediato. Le recordaba de un puesto inferior, cuando yo había colaborado allí antes de la guerra, pero ahora ocupaba ese cargo, y parecía saber lo que se traía entre manos.

No se mostró excesivamente entusiasmado con mi oferta, pero accedió a leer un par de relatos bélicos que yo tenía ya medio escritos, e incluso me prometió que si estaban realmente bien, los publicaría. Pero inmediatamente me recordó cuáles eran las preferencias del público:

—La gente está un poco cansada de la guerra, Garfield. Prefieren evasión, y sus gustos se inclinan hacia lo policíaco y de acción pura, con preferencia en temas violentos y actuales. .

—Creo entenderlo —asentí—. Y puedo escribir también en esa línea.

—Excelente, Garfield. Si, además, impregna a sus relatos de un cierto tinte de denuncia política o social, encajada en el contexto puramente novelesco, la publicación y el éxito los tiene asegurados.

Salí con cierto optimismo de allí, aunque la verdad es que todo se había reducido a consejos, buenas promesas y nada más.

Me encaminé al restaurante más próximo a la redacción de la revista, donde recordaba que un excelente cocinero italiano hacía, antes de irme al frente, las mejores *pizzas* del mundo. O, cuando menos, de Hollywood.

Pero el cocinero resultó que se había alistado en las Fuerzas Aéreas, por tener la ciudadanía americana, y tuve que cambiar de idea sobre la comida. Me sirvieron un

excelente bistec con ensalada y una botella de vino color rubí. A mitad de comida, se me arrumó el apetito.

Y a cambio de ella, resulta que me vi metido en el lío más fenomenal

imaginable. Con todas sus consecuencias, buenas y malas.

Todo ocurrió porque el vecino de mi mesa inmediata, situada más adelante de la mía y encarada ante un ventanal que asomaba a Hollywood Boulevard, fue el elegido por aquel coche negro que dobló la esquina con Western, no lejos de los Estudios de la Paramount.

La elección no era precisamente amistosa ni cordial. La prueba de ello fue que, de repente, empezó a salir una rociada de balas de detrás de una ventanilla del coche, destrozando la vidriera en medio de un estruendo espantoso y de un tableteo siniestro del arma automática que estaban utilizando.

El hombre sentado ante mí, pegó un salto en su silla, se llevó las manos a la cabeza canosa, y la sangre escapó por entre los dedos crispados, rociando de rojo los manteles de su mesa, los platos de comida e incluso su jarra de cerveza. Cayó hacia delante, derribándolo todo, mientras el coche negro, con brusco viraje, subía sobre la acera sus dos ruedas del lado derecho, y yo veía frente a mí, al otro lado del cristal a medio elevar de la ventanilla, el rostro de un hombre difícil de olvidar.

Alto, flaco, huesudo y de color cetrino, con nariz de águila, bigotes oscuros y lacios, y unos ojos estrechos y malignos, que se fijaron complacidos en su víctima, y también en mí. Advirtió en seguida que le había visto a placer y que podría identificarle en cualquier momento.

En sus pupilas, hubo un destello malévolo y significativo. Vi la muerte reflejada en ellas.

Y comprendí lo que iba a seguir.

Había adquirido aquellos reflejos en la lucha selvática contra los japoneses. Aquellos malditos soldados amarillos eran rápidos y endiabladamente listos para palear. Debo confesar que eso me salvó de acompañar al infortunado vecino del restaurante, en su viaje sin retorno a la eternidad.

Me tiré de bruces todo lo largo que era, derribando mi mesa y rompiendo, entre otras cosas, la botella de excelente vino rojo, corriendo como si fuese sangre. Pero no lo era.

Las balas del hombre del fusil ametrallador, pasaron por encima de mí como un huracán, sembrando el pánico en el restaurante.

Yo clavé mis ojos en el hombre muerto. Al incorporarse y sentirse herido, había intentado algo que no llegó a conseguir: extraer un arma de fuego y utilizarla.

Era una negra automática pavonada, un arma de calibre 38, a medio salir de su ensangrentada chaqueta. Alargué la mano y la aferré. Estaba utilizando mi mano zurda. Y

no se me daba mal del todo.

Aquello era como la guerra. El maldito tipo de la ametralladora había querido matarme.

Si era un «mafioso», cosa que sin duda explicaba su actitud, lo intentaría de nuevo, al saber que yo había salido ileso del tiroteo. Lo mejor era afrontar las cosas directamente, cara a cara. Los japoneses no habían logrado eliminarme. Esperaba que los pistoleros y asesinos no fuesen mejores.

Me incorporé mientras el coche rodaba, mitad sobre la calzada, mitad sobre la acera, en dirección a Vine Street. Alcé mi mano armada, soltando el seguro. Y empecé a disparar.

Mis balas alcanzaron los neumáticos del coche, y éste, cuando intentó enmendar su

dirección, patinó sobre las ruedas que se deshincharon, dio un medio vuelco, y terminó estrellándose contra el escaparate de una casa de modas, de la que los maniqués cayeron violentamente, arrollados por el vehículo.

Se quedó empotrado, en medio del espanto de todos los transeúntes. Yo respiré hondo, sin atreverme a asomar todavía la cabeza. Pero cuando advertí que el coche continuaba allí encajado y que nadie salía de él, decidí correr el riesgo y saltar por la destrozada vidriera del restaurante, arma en mano.

La policía acudía ya al lugar del suceso. Me acerqué. El conductor yacía sobre el volante, inmóvil, y a su lado, el tipo de la ametralladora también estaba caído de costado, con un reguero de sangre sobre el rostro, los ojos vidriosos y el parabrisas pulverizado contra su frente y cabellos, salpicados de fragmentos de vidrio.

En el primer momento pensé si estarían muertos ambos, pero un patrullero de la policía me quitó tal idea de la cabeza al examinar a los dos hombres.

—Viven los dos —comentó. Me miró, al advertir el arma en mi mano, y frunció el ceño— ¿Qué ocurrió? Dicen que sonaron disparos y este coche patinó, saltando a la acera...

—Yo sólo disparé tres veces —confesé—. A los neumáticos. Acababan de barrer a tiros el restaurante. Mataron a un hombre, y estuvieron a punto de repetir suerte conmigo, agente.

—¿Quién es usted?

—Darren Garfield, ex combatiente. Me licenciaron por esta herida en mi mano derecha.

—Pues creo que se equivocaron —comentó él—. Maneja muy bien la izquierda...

—Tuve que hacerlo. Ese tipo había visto que yo fui testigo de todo, e intentó matarme.

—Entiendo. ¿Cree que se atreverá a servir de testigo ante los tribunales?

—¿Por qué no? —me encogí de hombros.

—Porque ese tipo herido es nada menos que Renzo Stampa, un «mafioso»

peligrosísimo...

—No importa. Sea quien sea, declararé la verdad, agente.

—Eso, si vive para contarlo.

—Intentaré vivir. Si no... —me encogí de hombros, riendo—. Más pegaban los japoneses en Iwo Jima. Y aquí estoy todavía...

—¿Ese arma es suya? —el agente parecía dubitativo sobre mi comentario, y cambió de tema con rapidez.

—No —negué—. Se la quité al muerto del restaurante.

—Démela. Tendrá que intentar conseguir licencia de armas... por si acaso.

—Tengo una que debió caducar ya. Fui detective privado.

—Intente renovarla. Tal vez cuando se sepa lo ocurrido aquí hoy, sean

condescendientes con usted en el Departamento de licencias. Va a necesitar algo más que buena suerte para llegar al día del proceso de Renzo Stampa con el pellejo intacto, señor Garfield,

—No da usted muchos ánimos, la verdad.

—No puedo darlos. Renzo tiene un hermanito más peligroso que una serpiente de cascabel: Vito Stampa. Es un pez gordo de la Mafia local y regenta una cadena de supermercados. Pero su verdadero, negocio, todo el mundo lo sabe, es la prostitución.

Especialmente de menores. Sólo que cualquiera lo prueba, amigo...

Le entregué el arma, que él envolvió en una bolsa de celofán. Vi retirar a los dos pistoleros heridos en una ambulancia. Y me encaminé con el agente a la comisaría para declarar allí lo sucedido, en tanto otra ambulancia y otros coches- patrulla se detenían ante el restaurante, retirando el cuerpo de mi vecino de mesa que, en efecto, estaba muerto. Dos proyectiles le habían destrozado la masa encefálica, y tenía cinco o seis más en el tórax. La identificación como *il signore* Luigi Cortesse, otro importante mafioso de California, mezclado en drogas y corrupción de menores. Un rival, en suma, de los hermanos Stampa.

No podía decirse que hubiera tenido mucha suerte en mi llegada a Hollywood. Llevaba allí solamente unas horas, y ya estaba hundido hasta el cuello en un feísimo asunto, que convertía mi piel en una mercancía con menos valor que una botella vacía.

CAPITULO II

Austin Goodman pegó un respingo en su asiento al ver los folios que acababa de entregarle. El primero de ellos aparecía mecanografiado con el título del relato, y éste era de por sí lo bastante elocuente:

«Yo fui testigo de un asesinato. Y pude ser víctima de él».

—¿De veras ha escrito el relato fiel de lo ocurrido hoy en ese restaurante de Hollywood Boulevard? —se asombró.

—Pensé que interesaría más al público que una historia bélica.

—Diablos, claro que sí. No se habla de otra cosa en la ciudad, y usted es personaje de excepción por haber sido testigo de todo... y casi víctima, como aquí dice. Pero ¿se ha dado cuenta de lo que puede significar para usted la publicación de esto? La Mafia se va a echar encima suyo implacablemente. Ellos no perdonan estas cosas.

—¿Qué le ocurre, Goodman? —sonreí—. ¿Tienen miedo a publicarlo?

—Por usted, sí. A mi publicación no le harán nada. A mí, tampoco, Es usted quien firma eso. Y quien admite públicamente que Renzo Stampa mató a Luigi Cortesse y quiso matarle a usted. Además, se hace responsable total de lo ocurrido.

—Es que ocurrió así.

—Ya lo sé. Pero una cosa es que ocurriese, y otra admitirlo en letra impresa.

—Léalo, Goodman. Si le gusta, adelante. Si no... le haré un relato bélico.

—Está bien —lo hojeó con rapidez, exhalando un suspiro—. Veo que tiene fuerza y garra. Es breve, incisivo, muy directo. Gustará a los lectores. Garfield, está jugando con su propia vida, pero ése es asunto suyo. El *Film Weekly* le pagará dos mil dólares por este relato. Ahora mismo.

—¡Dos mil! —abrí mucho los ojos—. Pero, Goodman, no esperaba tanto...

—El asunto lo merece. Y por otro lado, es lo menos que puedo hacer para que tenga un buen entierro... —comentó lúgubrementes.

—En esta ciudad, todos son un encanto en darle ánimos a uno — comenté, riendo.

Goodman me contempló pensativo, mientras llamaba a su administrador para formalizar el contrato. Se limitó a decir, depositando mi crónica sobre la mesa:

—Escriba relatos de acción, y si me gustan, cobrará igual por cada uno de ellos, Garfield. Este artículo va a darle mucha popularidad en todo California.

Asentí, comprendiendo su ironía. Esta popularidad iba a hacer mucho más sencilla la tarea del otro Stampa y sus pistoleros. Comenté indiferente:

—He pasado esta mañana por el Departamento de licencias de armas de la policía. Me trataron muy bien. Renovaron mi vieja licencia, y voy a adquirir un arma cuando salga de aquí. Oficialmente al menos, sigo siendo detective privado. Era el modo legal de concederme la nueva licencia.

—Ojalá le sirva de algo, Garfield —el administrador entró, y él le encargó la preparación de un contrato, así como otro en que me comprometía a publicar con ellos cualquier relato, ficticio o real, antes que con ningún otro editor. Ese derecho de opción, me

suponían otros mil dólares más de honorarios. Empezaba a sentirme como flotando entre nubes doradas ante aquella lluvia imprevista de dinero. Pero la sombra de la Mafia seguía apareciendo, ominosa, entre tanta belleza. Y no debía de olvidarla, si quería vivir lo más posible.

Estaba terminando de firmar los contratos, cuando un redactor entró con un telegrama que depositó sobre la mesa de Goodman. El lo leyó y lanzó una sorda imprecación.

—Dios mío... Otra vez —le oí murmurar roncamente—. Es el segundo en una semana...

—¿De qué se trata? —indagué, al verle tan afectado.

Me miró y, sin responder todavía, me tendió el telegrama. Lo tomé. Era muy breve:

«Melody Malone aparece muerta en su cama. Una fuerte dosis de barbitúricos terminó con su vida mientras dormía. Se ignoran los motivos del suicidio.»

—Suicidio... —comenté entre dientes—. Ahora recuerdo que leí algo parecido el otro día, en San Francisco. Yvonne Davis murió del mismo modo, ¿no?

—En efecto. Yvonne Davis era una joven actriz con mucho porvenir por delante. Iba a ser compañera de Errol Flynn en una película importante. Y murió antes de empezar el rodaje. Su trágica decisión nadie se la explica aún.

—¿Fue realmente suicidio? —me interesé.

—En efecto. Se tomó un tubo completo de *valium*, con un vaso lleno de whisky. No podía ocurrir otra cosa que la muerte mientras dormía pesadamente con los efectos de ese sedante potenciado por el alcohol. Se produjo un colapso irreversible.

—Y ahora, Melody Malone... Había hecho ya algunas películas importantes, ¿no?

—Sí. Dos con Bette Davis, en un segundo papel. Y otra de protagonista, junto a Alan Curtis y Robert Preston, para la Universal Films. Creo que iba a ser también la heroína de la próxima película de Fritz Lang, junto a Edward G. Robinson. Lástima de muchacha. Una rubia bonita, joven, encantadora... y con un porvenir brillante. Y se mata estúpidamente, con barbitúricos. Estas muchachas del cine están casi todas ellas rematadamente histéricas...

Me levanté, tras recoger de sus manos un cheque por valor de tres mil dólares, así como la copia de los dos contratos, firmada y sellada por Austin Goodman.

—Ahora que ha mencionado usted la Universal, voy a ir a sus Estudios ahora. Creo que Beverly Nolan trabaja allí, ¿no?

—En efecto. ¿Conoce usted a Beverly personalmente?

—¿Si la conozco? —reí—. Un poco. Fuimos casi novios cuando ella no era famosa aún.

Puede que todavía me recuerde.

—Es una buena chica, pero tenga cuidado.

—¿Cuidado? —enarcó las cejas, mirándole—. ¿Por qué dice eso?

—Bueno, el tiempo cambia a las personas. Y la fama también. Beverly

Nolan ya no es aquella actriz desconocida que usted trató. Es famosa, rica... y mimada por todos. Tiene un amigo muy importante en el mundo del cine. Y ya sabe lo que quiero decir cuando le llamo «amigo», ¿no?

—Lo imagino —torcí el gesto—. No me pone celoso, Goodman. Sólo deseo charlar un poco con ella, no reanudar un viejo romance.

—Aun así, tenga cuidado. El es Gary Landis, productor y hombre de gran influencia en Hollywood. Y él sí que es celoso. Muy celoso. Tanto, que acostumbra a hundir despiada-

damente a cualquier individuo que se aproxima a su amada Beverly.

—Lo tendré en cuenta —sonreí sacudiendo la cabeza—. Gracias por el informe, Goodman.

—De nada —suspiró—. No me gustaría recibir aquí la prohibición de publicarle sus artículos, pongamos por caso. Porque tendría que obedecerla. Y nadie le daría trabajo en Los Angeles. Ninguna clase de trabajo. Se vería siempre en dificultades, hasta tener que largarse con el rabo entre las piernas.

—¿Tan influyente y poderoso es?

—En efecto. Y tan implacable con sus enemigos, Garfield.

—Lo tendré en cuenta —prometí, saliendo de su oficina.

* * *

La adquisición de un 38 de cañón chato y color negro pavonado, me hizo sentirme algo más seguro, aunque sabía que era solamente un juguete contra las armas de los hombres de Vito Stampa. Compré una caja de cartuchos junto con el revólver, y luego alquilé un automóvil de segunda mano en un negocio de compra-venta y alquiler de vehículos en buen estado. Elegí un Chevrolet azul oscuro, y conduje por el centro de la ciudad, sintiéndome casi dueño de Hollywood.

Acababa de llegar y ya tenía trabajo, un contrato exclusivo con una publicación de amplia tirada, dinero abundante y a la Mafia como enemigo. Creo que no se podía pedir más. Era todo un récord.

Me dirigí a los Estudios de la Universal, en la llamada Universal City, en North Hollywood, por encima de Ventura Blvd. La alta verja cerrada se interpuso ante mí. Un vigilante de uniforme se aproximó al

vehículo y me escudriñó, inquisitivo.

—¿Qué desea, señor? —quiso saber, cortés pero frío, inclinándose hacia la ventanilla de mi coche.

—Entrar en los Estudios —respondí—. Vengo a visitar a una amiga.

—¿A quién, exactamente?

—A la señorita Nolan. Beverly Nolan.

—¿Tiene cita convenida o pase a los Estudios?

—No —sonreí—. Es una sorpresa. La señorita Nolan y yo somos viejos amigos.

—Lo siento —sacudió la cabeza, con ojos fríos como el hielo—. No puede entrar, señor.

—¿Ni siquiera comunicándole usted a la señorita Nolan que estoy aquí?

—La señorita Nolan está rodando en el Estudio Siete, señor. No puede ser molestada ahora, a menos que ella misma así lo hubiese anunciado.

Me mordí el labio, irritado. Aquel hombre era tan inaccesible como el Everest. Y la verja de los Estudios tan segura como la red de minas en tomo a la bahía de Tokio.

—Eso quiere decir, en lenguaje cristiano, que tengo que irme por donde llegué, ¿no, amigo? —pregunté desabridamente.

—Poco más o menos, señor —sonrió, encogiéndose de hombros.

—Muy bien —apretó los labios—. Volveré con un pase o lo que diablos sea.

—Hay horas de visita. Puede pedir un pase a las oficinas de los Estudios, en la ciudad.

Se lo tramitarán en menos de una semana, señor.

—Muy amable —gruñí, empezando una maniobra para regresar al centro urbano.

En ese momento, la providencia jugó a mi favor. Y lo hizo en forma de

otro coche que acababa de pararse, y fue a su cabina para accionar la puerta. Yo miré a la persona que conducía el coche.

—Vaya... —comenté—. Si es Lauri Taylor en persona...

Ella giró la cabeza. Era una pelirroja sensacional. Siempre lo había sido.

—No es posible... —la vi pestañear, incrédula—. Tú... Darren Garfield, el mejor detective privado de la ciudad...

—Exageras —reí—. Uno de los buenos, eso es todo.

—Fuiste lo bastante bueno para probar que mi marido me engañaba con otra, conseguir el divorcio y sacarle un buen pellizco a su fortuna personal —rió ella—. ¿De dónde sales ahora? Creí que estabas en el frente...

—Estuve hasta hace poco —le mostré mi mano ligeramente crispada y con escaso juego—. Una broma de los japoneses, ¿sabes?

—Oh, entiendo —abrió la portezuela—, ¿Por qué no entras conmigo, Darren, y charlamos ante una taza de café? Te sigo muy agradecida por todo aquello...

—Acaban de darme con la puerta en las narices, Lauri —reí—. No creo que resultara.

—¿Qué estás diciendo? ¿Es que en las trincheras no lees los periódicos? —ella soltó una carcajada—. Ya soy alguien en esto, Darren. Actriz de primera fila. Estoy rodando una película policíaca junto a Basil Rathbone y Joan Bennett. Si vienes conmigo, estás autorizado a entrar.

—Pase, señorita Taylor —sonó invitadora la voz del vigilante.

—Espere —respondió ella—. El señor Garfield entra conmigo.

—Pero... —comenzó el funcionario, disgustado.

—No hay pero que valga —cortó Lauri con energía—. ¿Alguna objeción especial a que pase un invitado personal mío, Hank?

—No, claro que no. En ese caso, puede pasar —creo que me hubiera asesinado, de serle posible, pero incluso fingió una sonrisa a Lauri—. Pasen, por favor...

Seguí a Lauri con mi coche. Respiré hondo, guiñando un ojo al vigilante cuando cerró la verja de los Estudios tras de nosotros. Me caía tan mal el tipo como yo a él.

Aparqué en una zona destinada a los artistas y personal de los Estudios, y me indicó que hiciera otro tanto, en vez de ir a buscar la de los visitantes, que caía algo alejada de allí.

De su tablier extrajo un adhesivo azul, que aplicó a mi parabrisas, para que no me exigiera nadie retirar el vehículo.

Entramos en la cafetería, amplia y bien soleada gracias a sus grandes vidrieras asomadas a aquel mundo fantástico, de sueños y de mentiras, que era un recinto como la ciudad cinematográfica de una gran productora.

Nos acomodamos junto a uno de los ventanales, y yo pedí la consumición: café para ambos. Contemplé a Lauri. Era una muchacha tan atractiva como afectuosa en el trato.

Una vez le había conseguido algo, como era obtener un divorcio favorable de un tipo adinerado y deshonesto, y no podía olvidarlo, al parecer. Su actual categoría de primera figura, aunque fuese en filmes de la llamada «serie B», no parecía habersele subido a su pelirroja cabecita.

—De modo que estuviste en el Pacífico —comentó, mirándome risueña.

—Sí. Un infierno, Lauri. Pero esto no es mucho mejor.

—Exageras, Darren —protestó.

—¿Tú crees? —gruñí—. Estoy vivo de puro milagro, Lauri. Y no precisamente por las balas japonesas,...

Le conté brevemente lo sucedido con Renzo Stampa, y la vi pestañear y quedarse ligeramente demudada, contemplándome con asombro y preocupación.

—¿Y ahora, Darren? —murmuró—, ¿Qué piensas hacer?

—Seguir adelante. No tengo otro remedio. No pienso huir de California sólo porque un mafioso intente matarme.

—Pero es que esa gente consigue lo que se propone...

—Casi siempre —rectifiqué con suavidad—. Confía en mí, Lauri. No soy ningún suicida.

Si hago esto, es porque tengo alguna posibilidad.

—Darren, yo estimo demasiado mi propia vida para que llegase a correr un riesgo semejante —me aseguró ella—. Por eso no comprendo tu sangre fría en un caso así.

—Lauri, la vida nunca resulta demasiado fácil. He encontrado una posibilidad de ganármela aceptablemente en Los Angeles, y no voy a desaprovecharla por un condenado pistolero ni por un *gang* entero de ellos. Es posible que acaben liquidándome, pero procuraré no irme solo al otro mundo.

—Ese es un pobre consuelo para un difunto —me hizo notar ella burlonamente.

—Quizá, Lauri, pero a mí me basta —sonreí, apoyando una mano en la suya, sobre la mesa del establecimiento donde humeaban nuestros dos cafés—. Ahora, dejemos de hablar de mí para hacerlo también de tus cosas. ¿De veras empiezas a ser alguien en este mundo del cine?

—No. demasiado aún —rió—. Estoy empezando, como quien dice. Pero es posible que en sólo dos o tres años más, llegue a un puesto más alto, a hacer películas grandes, importantes y costosas... ¿Vienes a verme rodar unas escenas con Basil? Me refiero a Rathbone, claro. Es todo un caballero. Y un compañero encantador.

—No, gracias, Lauri. Otro día. Hoy quisiera ver de nuevo a Berverly Nolan.

—¿Beverly? —silbó entre dientes con sorpresa—. Esa sí que es una auténtica figura, Darren. Después del «boom» de *Chicas que van a la guerra*, se rumorea que va a hacer una película de gran categoría, nada menos que junto a Spencer Tracy y James Stewart, con la Metro. Ya sabes, ella no es de la Universal. No se contrata en exclusiva con nadie.

Prefiere el contrato por película, tratando de eludir el «star system». Cuando se llega muy arriba, una se puede permitir esos lujos. Yo todavía no. Mi contrato me liga a la Universal por dos años más. Y ojalá que en ese tiempo me dé algo realmente bueno. Creo que la Nolan rueda en el *set* número siete. ¿Te guío hasta allí? Me pillas camino del nueve, donde ruedo yo.

—Sí, Lauri, eres muy amable —le sonreí, depositando el importe de los cafés en la mesa y acompañándole al exterior, donde nos cruzamos en un momento con un grupo de romanos, unos astronautas, un grupo de indios apaches, varios soldados de la Unión, y un monstruo gelatinoso y repugnante, que parecía recién llegado del infierno. Todo, naturalmente, producto de guardarropía y caracterización. Era el mundo del cine, después de todo.

Lauri Taylor me dejó ante las puertas del Estudio 7 de la Universal. Se despidió de mí

con una mirada luminosa y una sonrisa encantadora.

—Hasta pronto, Darren —le dijo—. Te daré mi tarjeta. No tienes más que llamarme, aquí o a mi *bungalow*, y te citaré en los Estudios, Sin que puedan ponerte objeciones al entrar.

Me dio la tarjeta, y luego se empinó, depositando un beso en mis labios. Sonriente, se alejó, en dirección a su propio *set* de rodaje.

Yo entré eh el número siete, para ver a Beverly Nolan.

Apenas pisé el interior del decorado, iluminado por los grandes focos superiores, la vi.

Seguía tan hermosa como siempre. Quizá más que antes, puesto que aquellos escasos años habían dado más madurez a su cuerpo, a sus espléndidos senos, a sus piernas bien torneadas y a su cuerpo todo, escultural y generoso. La rubia cabellera caía en cascada sobre los desnudos hombros. Estaba rodando una escena con solamente un corsé antiguo ciñendo su figura, ajustándose a su talle, y realizando así voluptuosamente sus macizos pechos, que casi rebasaban el encierro de tela, ballestas y cordones, y la amplitud de sus caderas ondulantes.

La escena tenía lugar en una mansión del Sur, y un actor, frente a ella, vestido con el uniforme gris de los confederados, estaba pronunciando su parte en el diálogo con voz cá-

lida y bien timbrada. Reconocí inmediatamente al actor: era Robert Cummings, uno de los famosos galanes de la Universal.

Beverly Nolan me descubrió, por encima del hombro de Cummings. Capté en sus ojos un parpadeo rápido y sorprendido. Eso fue todo, porque siguió escuchando a su compañero de escena, y luego le contestó, displicente, envolviéndose en una bata malva, y caminando bajo los focos, seguida por un *travelling* de la cámara. Cummings miró

hacia mí, curioso, al quedar fuera de campo. Evidentemente, había captado la expresión súbita de su compañera de filmación.

Beverly terminó de hablar. La voz del director sonó, tajante:

—¡Corten! —y añadió, levantándose de su asiento, tras la cámara—: Perfecto, muchachos. Muy bien los dos, Beverly, Robert. Ahora, un breve descanso. Si queréis tomar algo, os dará tiempo suficiente. Quiero rodar la escena de la terraza; y hay que emplazar aún las luces...

Se extinguieron los cegadores focos, y sólo quedaron las luces precisas, que ya no dañaban las retinas. Beverly tuvo una vacilación. Luego, la vi dirigirse a su camerino, montado en el amplio *set*. Pedí disculpas a Robert Cummings cuando me crucé con él. El joven actor se limitó a sonreír, asintiendo. Al parecer, se había dado cuenta de todo.

—Beverly —llamé brevemente, ya cerca de ella y de la puerta de su camerino rodante.

Ella se detuvo en seco. Giró la cabeza. Me miró.

—¿Eres... eres Darren? —preguntó, como si no me reconociese bien.

—Sabes que sí —dije con cierta frialdad—. Me viste antes.

—Ha pasado tiempo, Darren —suspiró—. No estaba segura.

—Y en la duda, te largas a tu camerino sin decirme ni hola.

—Lo siento, Darren. En un tiempo fuimos buenos amigos tú y yo —humedeció sus labios con cierto nerviosismo, y miró a su alrededor, como si temiera algo—. Pero las cosas han cambiado en estos años. Ya ves que no soy la de entonces, la chica que

empezaba en esto del cine. He llegado arriba. Muy arriba, Darren. ¿No has leído nada sobre mí?

—He visto tus fotografías en todas partes —asentí—. Incluso en las trincheras se lee todo lo del cine. Muchos, compañeros míos tenían tu foto junto a la de Betty Grable o la de Lana Turner. Las rubias gustáis mucho a los soldados. Yo, naturalmente, no dije a nadie que te conocía. No se lo hubieran creído.

—Sí, supongo que no —sonrió, algo forzada—. ¿Estás de permiso, Darren?

—No. He regresado para quedarme. Escribo en el *Film Weekly*.

—¿Y no eres detective privado?

—No, ya no. ¿Puedo entrar en tu camerino y charlar contigo un rato? Había esperado con ilusión este momento, Beverly...

—Darren, te dije antes que las cosas ya no son como antes —se mostró irritada—. Y

es la pura verdad, Darren. Fuimos amigos... y algo más que amigos. Fue bonito todo aquello. Yo empezaba entonces, tú eras un oscuro investigador privado, y ambos soñábamos con ser mucho más. Una nueva Jean Harlow y un moderno Sherlock Holmes, ¿no? Pero eran sólo sueños, y luego la vida se impuso con su cruda realidad.

—No del todo. Tú has logrado lo que soñabas.

—¿Estás seguro de ello? —hubo una mueca amarga en sus labios. Meneó la cabeza con desaliento—. Darren, me ha costado llegar. He tenido que renunciar a muchas cosas. Entre otras, a ser independiente y ser fiel a mí misma. Por eso te ruego que te apartes de mí. No te haría ningún bien mi compañía ni mi amistad. Es un buen consejo, créeme. Y no me preguntes la razón.

—Creo conocerla —suspiré.

—¿Tú? —enarcó ella las cejas, perpleja.

—Gary Lee Landis —recité.

—Ya veo que sí le conoces —se mordió el labio, disgustada—. Bien, entonces huelgan las explicaciones. Es un hombre duro, egoísta y despiadado. Vale más que no llegue a ser nunca tu enemigo.

—¿Lo sería, si yo insistiera en verte?

—Sin duda alguna. Es muy celoso.

—Está bien. No me asusta el señor Lee Landis. Pero puedes resultar perjudicada tú, de rechazo. Sé comprender cuándo me dan con la puerta en las narices, Beverly.

—Darren, yo...

—No, no digas nada —sonreí, alzando mis manos—. Huelgan las palabras. Adiós, Beverly. Te deseo mucha suerte. En el cine y en la

vida.

—Gracias, Darren —me respondió con cierta amargura—. ¿Sabes una cosa? Pese a todo, añoro aquellos tiempos...

—Sí, supongo que sí —dije, alejándome de ella. Oí la puerta de su camerino cerrándose, y caminé hacia la salida del *set* número 7. La voz de Robert Cummings, al pasar yo a su lado, me advirtió en un susurro:

—Cuidado, amigo. Ese que entra es Gary Lee Landis.

No me volví para dar las gracias al famoso actor, como merecía por su aviso. Mis ojos se quedaron fijos en el tipo que había entrado en ese momento en el Estudio.

Correspondía, exactamente, a la imagen que uno podía formarse de un hombre así,

antes de conocerle.

Gary Lee Landis, productor cinematográfico independiente, hombre de fortuna y de grandes influencias en California, era alto, ancho, vigoroso y lleno de músculos. De unos cincuenta años escasos, cabello plateado en sienes y patillas, tez bronceada, ojos grises y duros y facciones anchas pero angulosas, que hablaban de firmeza y de agresividad.

Labios delgados, prietos, y mentón cuadrado. Vestía un terno gris, bastante bien cortado, y una corbata a rayas azules y blancas.

Le seguía un tipo flaco, estirado y desagradable, que me resultó instintivamente antipático. Al parecer con toda la razón, porque de repente, señalándome con un dedo rígido como el cañón de una pistola, Gary Lee Landis dijo a su acompañante:

—Ese tipo es Darren Garfield, Lou. Puedes romperle la cabeza de mi parte. Ahora mismo.

El tipo, ni corto ni perezoso, se vino hacia mí con paso rápido y largo, ante el pasmo de todo el personal del Estudio, y cuando estuvo ante mí, extrajo de su bolsillo una mano cerrada que me pegó de lleno en la mejilla.

Caí de espaldas, medio desmayado, sintiendo correr la sangre por mi cara. El flaco y huesudo individuo se abalanzó sobre mí para

continuar su tarea, y yo miré su puño derecho, comprendiendo entonces la contundencia increíble de su golpe.

Llevaba unos nudillos de hierro encajados en su mano, y me iba a aplastar la cara con ellos, sin que al parecer nadie pensara en intervenir, tal vez para no indisponerse con el todopoderoso señor Lee Landis, magnate de Hollywood.

CAPITULO III

El segundo impacto de aquellos nudillos metálicos, no me tocaron por puro milagro. Me había echado atrás y a un lado, con rapidez vertiginosa, eludiendo el mazazo que podía romperme la nariz en pedazos. Pero no pude evitar que me alcanzase en el hombro, junto al cuello, y sentí como una quemadura súbita allí donde el metal hirió el hueso.

El tipo rió como lo podría hacer una rata, y me buscó con un tremendo puño de hierro para rematarme. Salvé esta vez totalmente el golpe, y él se desequilibró ligeramente.

La ira y el afán de revancha, guiaron mis movimientos en esta ocasión. Y él supo lo que era recibir una respuesta a su felonía.

Logré disparar contra él mis dos piernas cuando se precipitaba sobre mí,, y casi me hice daño cuando mis pies martillaron brutalmente su huesudo tórax, lanzándole a distancia como si fuese un monigote desarticulado. Le oí jurar obscenamente, mientras golpeaba con la cabeza en un decorado de escayola, que se agrietó de modo lastimoso, cayendo a pedazos encima de él. Gary Lee Landis también soltó una imprecación de contrariedad ante mi respuesta contundente a su esbirro. Y eso que no había visto lo mejor.

Cuando el huesudo quiso incorporarse y utilizar de nuevo su puño de hierro, se encontró conmigo a su lado, en pie ante su cara. Me bastó dispararle un puntapié para ver cómo se abría uno de sus labios, empezando a chorrear sangre, y un par de dientes se desprendían de sus encías, para salir disparados al escupir.

Luego me incorporé, le alcé aferrándole con la zurda por el cuello de la chaqueta, lo zarandeeé de un modo que para mí resultó cómodo, y tras quitarle de la mano los nudillos de metal, le arrojé contra un foco del estudio. Golpeé de tal modo con su cabeza en el vidrio del foco, que éste estalló, llenando de vidrios rotos su cara. El efecto me pareció tan desagradable como lastimoso.

Moví la cabeza, guardando en mi bolsillo la pieza de aros metálicos con los que, sin duda, el tipo se las daba de duro, y miré hostilmente a un pálido y furioso Gary Lee Landis.

—Imagino la clase de cerdo que es usted, Landis —le escupí a su cara ante el asombro general del Estudio—. Me conocía bien, quizá por

fotografías, y se enteró de mi regreso a Hollywood, vigilando a su amiguita o haciéndome vigilar a mí. O ambas cosas a la vez. Y

ahora quería darme un escarmiento para dejarme una cara que no me permitiera aproximarme a Beverly Nolan sin que ella gritase de terror. Lo malo de usar esbirros cuando uno no es hombre para ciertas cosas, es precisamente eso: que el esbirro puede fallar, como ha fallado el susto. ¿Y qué ocurre entonces? Lo que ocurre ahora. Que un cualquiera, incluso un tipo como Darren Garfield, puede humillarle y avergonzarle en público, demostrando que debajo de ese caparazón respetable, sólo hay basura maloliente y una ruindad cobarde. Me da usted pena, Landis. Pena y asco...

Di media vuelta, dirigiéndome a la salida del Estudio. Robert Cummings me guiñó un ojo, frotándose pensativo su arrugada nariz. El tipo me caía simpático, la verdad. Me prometí a mí mismo ver todas sus películas en el futuro.

Sonreí, mientras Gary Lee Landis apretaba los labios con fría ira, sin responderme. Sólo cuando estaba ya en el umbral, frente al dorado sol californiano, le oí gruñir una sorda amenaza:

—Esto lo pagaré caro, Garfield. Muy caro... Nadie se enfrenta a Gary Lee Landis impunemente. Sucio bastardo barato...

Reí entre dientes, sin prestarle atención. Podía haberle roto algún diente, pero no valía la pena. Aunque practicase deportes, yo sabía que la fuerza física no era el fuerte de los tipos como él. Gary Lee Landis, si quería tomarse su revancha de mí, lo haría suciamente, sin dar la cara, a través de rufianes como su esbirro de la boca rota.

La puerta metálica del Estudio Siete se cerró tras de mí. No podía decirse que mi visita a los Estudios de la universal hubiese sido un éxito. Pero había otros que salieron peores.

Como el tal Lou.

Ahora ya tenía otro enemigo dé qué preocuparme. Por si no bastaban los pistoleros de los hermanos Stampa, allí estaba un «pez gordo» de Hollywood, magnate de la industria del celuloide, financiero y poderoso en muchas esferas, capaz de triturarme con un solo dedo. Al menos en sentido figurado, claro.

—Es una delicia —rezongué—. Estaría más seguro entre los japoneses y metido en medio de la selva, sin armas ni víveres...

Pero eso ya no tenía remedio, y era mejor olvidarlo para centrarse en otras cosas. Mi visita a Beverly había sido un fracaso total. Ella ni quería oír hablar de mí ni de nuestro romance. Ahora estaba en la cumbre, era famosa, rica, mimada y con un protector oficial al lado. ¿Para qué diablos podía necesitar la amistad de un pelagatos como yo, detective de tercera fila y escritor de cuarta? Lauri había sido diferente. Muy diferente. Aquella chica tenía otra madera. Ojalá Hollywood y toda su basura no terminasen por contaminarla sin remedio, como a tantas otras.

Regresé a mi coche, despegué el adhesivo azul y lo puse lentamente en marcha, abriéndome paso entre un grupo de caballeros medievales, un par de policías de tráfico y unos *marines* de pacotilla, en amigable charla con un puñado de japoneses con uniforme de camuflaje selvático, tan falsos como ellos mismos.

A la salida, el tal Hank, el portero, me miró con su cara de pocos amigos habitual, y comenzó, mientras se dirigía a la verja:

—¿Qué, todo fue bien allá dentro?

—Pssh —me encogí de hombros—. No estuvo mal del todo. Ya se enterará, amigo.

Reí entre dientes, dirigiendo el coche hacia el exterior. Otro vehículo partía tras el mío, e hizo que Hank dejase abierta la verja unos instantes más. Le oí saludar a mis espaldas, con tono respetuoso:

—Buenos días, señorita Powers...

Miré por el retrovisor curiosamente. El vehículo era un descapotable Ford, deportivo.

Color rojo oscuro, como la grana. Lo conducía una chica angelical que, sin embargo, tenía algo de malicioso en su expresión. Cabellos castaños, peinado sencillo, un traje sastre gris, a la moda, con lazo de satén en su camisa, y escaso maquillaje. Demasiado natural, para vivir en Hollywood y salir de unos Estudios cinematográficos. Era como un milagro. Como un imposible.

Pasó junto a mí, y me dirigió una sonrisa, para sorpresa mía, siguiendo adelante hacia el centro urbano de Los Angeles. Tomó para ello Hollywood Freeway, para torcer luego en el desvío de La Brea Avenue, en dirección a Santa Mónica y Culver City. No iba demasiado deprisa, pero aun así resultaba imposible pasarla. Su coche era un deportivo fuerte y

rápido. La vi reducir velocidad hasta detenerse, a la altura de Fairfax y Pico Boulevard, Había elegido para ello el aparcamiento de un bar-restaurante de lujo.

Iba a pasar de largo junto a su coche, cuando ella me sorprendió con un golpe de claxon repetido. Me volví, mirándola. Ella sonrió, agitó su mano y me hizo un gesto indicativo de que me detuviese. Lo hice, un poco más allá que ella. Salí del coche y me encaminé hacia la desconocida señorita Powers calmamente.

Ella estaba esperándome a la puerta del restaurante. Observé que éste estaba especializado en pescados, frutos de mar

y buenos vinos. La muchacha me estaba mirando burlonamente. Tenía una bonita figura así, en pie, con su traje sastre de hombreras a la moda, la camisa con lazo de raso ligeramente gris perla, y sus zapatos negros de charol, relucientes y de alto tacón, ciñendo, los pies femeninos. Cristalinas medias ahumadas se adherían a unas pantorrillas preciosas.

—¿Tiene apetito, señor Garfield? —me preguntó sorprendentemente.

—Un poco —asentí—. Y viendo esa carta de mariscos, mucho más.

—Entremos, entonces. ¿Me invita a comer o le invito yo?

—¿Por qué habría de hacerlo? —objeté—. Este es un sitio caro. Y yo no soy precisamente Gary Lee Landis. Ni Walter Wanger tampoco, ya que usted parece trabajar en la Universal (1).

(1) El autor, como comprenderá el lector que sea aficionado al cine de los años 40, hace aquí alusiones concretas a actores y actrices de los diversos Estudios de Hollywood que entonces estaban en candelero. Walter Wanger era uno de los principales productores de la Universal, y los artistas mencionados en cada caso, son reales, salvo los puramente novelescos que entran en la trama, y acostumbraban a trabajar bajo contrato al estilo del «star system»

de entonces, en las Productoras que aquí se citan. (N. del E.)

—Es evidente que no es ni uno ni otro —rió ella de buena gana—. Entremos. Yo invito.

—¿Por qué motivo? No me gusta que las mujeres me paguen las cosas.

—Digamos que será una especie de... inversión comercial. ¿Eso calma sus escrúpulos?

—No. ¿A qué «inversión comercial» se refiere?

—A usted mismo.

—¿A mí? —la contemplé, preguntándome si se burlaba de mí, si creía que yo era un

«gigoló»... o si ella era una ninfómana que se moría por unos pantalones.

—Sí, a usted —suspiró—. Entremos, por favor. Discutiremos el asunto ante un cóctel de mariscos y un buen salmón ahumado para empezar. Ah, con un vino blanco de la cosecha de 1932, que resulta realmente magnífico. ¿Le parece bien? .

—Mc parece todo esto absurdo —me encogí de hombros—. Pero empiezo a acostumbrarme a que en Hollywood, a mi regreso, me ocurran las cosas más peregrinas.

De modo que adelante, señorita powers.

—Veo que estamos en empate —la oí comentar, camino de una mesa, precedidos por un estirado *mâitre*—. Ambos sabemos quienes somos.

—Yo, no. Oí a Hank, ese encanto de portero que tienen en la Universal, citando su nombre. Eso fue todo. Usted sí parece pisar terreno más firme, señorita Powers.

—Tal vez tenga razón —rió suavemente, mientras nos acomodábamos en una mesa discreta, con mantel rojo y servilletas blancas, y el *mâitre* nos entregaba dos cartas capaces de contener todos los platos de la cocina mundial, a juzgar por su tamaño—. Mi

nombre completo es Melissa Powers. No soy actriz, como la mayoría de monstruos que entran y salen de los Estudios cinematográficos, sino guionista y asesora del Departamento de Argumentos. Terminé mi contrato con Universal este año, y pasó a la 20th. Century Fox. Ya está en proyecto mi primera película con ellos. Es un guión policíaco y de *suspense*, que interpretarán seguramente Gregory Peck, Maureen O'Hara y Victor Mature.

—La felicito. Buen reparto para empezar... ¿Le gusta lo policíaco?

—Me encanta la intriga, el misterio y todos los ingredientes del «cine negro» que ahora se cultiva, más por necesidades de reducir presupuestos y de distraer al público con temas de evasión, que por auténtica vocación de los productores. ¿Por qué cree que le interpelé al verle seguir camino?

—Yo no tengo nada que ver con la industria del cine —sonreí—. Ni del «negro», ni de ningún otro género, se lo aseguro. Estuve en los Estudios a visitar a una antigua amiga, eso es todo.

—Lo sé. Esa amiga era Beverly Nolan, ¿verdad? —sus ojos ambarinos me contemplaron risueños desde el otro lado de la mesa.

El camarero que esperaba nuestra demanda demoró mi respuesta. Le encargué, de mutuo acuerdo con aquella sorprendente muchacha, cóctel de mariscos, salmón ahumado y ensaladilla, todo ello con un vino especial blanco, cosecha de 1932. Apenas se retiró, miré a mi vez a la joven y le hice a mi vez una pregunta:

—¿Cómo lo sabe?

—Yo sé muchas cosas. Me enteré de pasada de su lío con Gary Lee Landis.

—¿Tan pronto? —parpadeé, asombrado—. Si usted salió tras de mí...

—Las noticias vuelan en los Estudios —rió ella de buena gana—. Apenas empezó con sus problemas ante el gran Landis, un buen amigo me telefoneó, dándome todos los detalles de su pelea, según transcurría. Yo estaba en la cafetería donde usted tomó café con Lauri Taylor, pero no se fijó en mí.

—Lo siento. Debía de estar ciego —confesé.

—No. Tenía ante usted a una chica bonita como Lauri, eso es todo. A mí tampoco me gustaría que estando con usted se fijase, por ejemplo, en otras mesas. Y eso que detrás de usted hay una rubia estupenda... pero está con un pistolero de los hermanos Stampa. ¡No, no se vuelva! —añadió, rápida, en voz baja e intensa.

Sentí un escalofrío zigzagueando por mi espina dorsal al imaginar a mis espaldas a uno de los matones de Renzo y Vito Stampa. Pero la hice caso y no me volví. Me limité a preguntar roncamente, clavando mis dedos entre la servilleta arrugada:

—¿También sabe eso?

—Ya le dije que sé muchas cosas —sonrió, aunque sus ojos estaban alerta, fijos tras de mí—. Tengo buenos amigos e informadores en el mundillo literario de Hollywood. Ya sé que tiene un contrato con el *Film Weekly*. Y muchos problemas con los Stampa y con Lee Landis. ¿Cómo espera salir de todo ello? Es obvio que le vigilan y le siguen, Garfield.

—Mientras se limiten sólo a eso... En cualquier momento pueden estallar los fuegos artificiales. ¿Ha pensado en el riesgo que corre?

—Claro. Pero ya le dije que pensaba en una inversión comercial.

—Sí, y que el objetivo era yo. Usted pagará esta comida si hay negocio a la vista. Pero

yo me pregunto: ¿qué diablos de negocio es éste?

—La sabrá en seguida. Estoy preparando un guión sensacional para la Fox, Si resulta bien, lo harían gente como Richard Conte, Dana Andrews, William Eythe y Gene Tierney.

Todo un reparto estelar, quizá con Robert Siodmak o con Otto Preminger en la silla de director.

—Uf... —resoplé—. Todo eso son palabras mayores. La felicito de veras, señorita Powers. No es fácil lograr algo así en esta ciudad, por mucho que se valga.

—Garfield, ese guión no será nada, si usted no colabora en él —me espetó de pronto.

—¿Qué? —tragué saliva. Si llego a estar comiendo, me ahogo—. ¿Yo? ¿En un guión de esa categoría?

—Sería notable que lo firmásemos usted y yo. Sería algo basado en su propia experiencia como hombre y como escritor: un personaje íntegro, valeroso, capaz de enfrentarse a los pistoleros, declarar la verdad en un asesinato y entregar a la policía a un mafioso, arrastrando las iras de su hermano, jefe de un poderoso *gang*.

—Mire, Vito Stampa ya habrá pensado en matarme sin necesidad de escribir ese guión.

¿Quiere remachar los clavos de mi ataúd tal vez?

—Quiero ofrecerle exactamente la mitad del precio de ese guión,

Garfield: veinticinco mil dólares en efectivo. Y ello no empeorará su situación. También mezclaríamos en la historia a un productor de cine corrompido, cruel y violento, rodeado de esbirros muy peligrosos, y conectado con la Mafia. La Fox aceptará si usted firma y colabora, me lo acaban de garantizar hoy, cuando supieron lo de su aventura ante los Stampa...

—Es una idea demencial —comenté—. Pero muerto por mil o muerto por veinticinco mil, tanto da. Si se empeña firmaré ese guión con usted y le diré mi información fidedigna. Lo que no está tan claro es que mezclemos a un productor de cine con la Mafia.

¿Quién podría ser él?

—Gary Lee Landis, naturalmente —rió ella—. Con nombre supuesto.

—Pero Landis no...

—Sí, Garfield —me interrumpió ella bruscamente—. Gary Lee Landis sí tiene contactos muy fuertes con la Mafia. Lo crea o no... tiene negocios con los hermanos Stampa. Y será tan peligroso enemigo suyo en ese terreno como en el de los celos por Beverly Taylor, se lo aseguro. Vito Stampa y él, es posible que hayan decidido ya eliminar de este mundo a Darren Garfield...

CAPITULO IV

Era lo que me había faltado oír.

No es que me sentara mal una comida tan excelente como aquélla, y menos aún el exquisito vino del treinta y dos, pero la verdad es que tampoco confiaba en una digestión perfecta, digna de tales manjares marinos. La revelación de Melissa Powers, aquella bonita «sabelotodo», me había dejado estupefacto. Claro que no debía de ser para tanto, porque la verdad es que los lobos siempre van en camada, y todos ellos eran de la misma condición.

Pero de todas formas, que un magnate del cine y de las finanzas de Los Angeles tuviera negocios directos con los Stampa, resultaba tan desolador como inquietante. Ahora tenía ya dos enemigos, a falta de uno solo. Y esos dos podían movilizar, a su vez, a todo un ejército de asesinos a sueldo. Les sobaban medios económicos y de todo tipo. No hay peor alianza en el mundo para un hombre honrado, que un millonario respetable y un *gángster* sin escrúpulos. Y lo malo es que esa alianza es demasiado frecuente en nuestra época. A veces, se le añade un político influyente, y entonces la mezcla ya resulta tan

explosiva como hedionda.

La verdad es que firmé un contrato previo con Melissa Powers en el propio restaurante, ante unas copas de excelente brandy, y ella rubricó esa firma con la entrega, a cuenta de mis futuros honorarios, de un cheque cruzado, a mi nombre, por valor de cinco mil dólares.

Lo dicho: me llovían los dólares. Y los problemas. Y los disgustos.

—Es posible, después de todo, que puedan enterrarme en un féretro de oro puro —

comenté con ironía, cuando examiné el cheque que ella me tendía—. Siempre será mejor eso que un triste funeral de tercera clase o ser enterrado en una isla de! Pacífico, con una simple cruz de madera sobre la tumba, ¿no cree?

—Oh, por Dios, no sea usted lúgubre —se horrorizó ella—. Está metido en un buen lío y lo sabe. Pero ahora ya no puede volverse atrás. Ha de luchar con todas sus fuerzas.

—Ya lo hago. Lo malo es que no sirva de nada, llegado el momento.

—Si logramos hacer ese guión, será una denuncia contra la corrupción, el gansterismo y el crimen organizado en Hollywood. Lina película del «cine negro» capaz de servir de revulsivo contra muchas cosas y muchas personas de esta ciudad, entre ellas, naturalmente, gentes como los hermanos Stampa... y como Gary Lee Landis. Habrá valido la pena luchar por ello. Y para entonces, nadie se atrevería ya a tocarle, porque sería tanto como admitir que teníamos razón, y ellos se cerrarían la soga en torno a su cuello.

—Sí, pero ¿llegaremos realmente a eso? —dudé—. ¿Nos darán tiempo, Melissa?

Melissa Powers, con la que empezaba a ligarme una profunda relación incluso desde el momento mismo en que nos habíamos conocido, hizo un movimiento significativo de cabeza. Luego, me sonrió con un leve encogimiento de hombros.

—Hemos de intentarlo. Cuando ofrezca ese guión a la Fox, siempre habrá alguien que lleve la confidencia a los *gangsters* mafiosos de esta ciudad. Y mi vida valdrá tanto como la suya.

—¿Por qué lo hace? —le pregunté, mirándola fijamente.

—¿Hacer qué?

—Todo esto. Planear una película de denuncia, buscar la colaboración de un hombre marcado por la Mafia...

—Porque alguien tiene que hacerlo. Y porque estoy harta de soportar muchas cosas que suceden en esta ciudad, Darren.

—A Juana de Arco la quemaron en la hoguera —sonreí.

—Ya lo sé. No tengo miedo a morir, si se refiere a eso. Y veo que usted tampoco.

—Una chica valerosa.

—No. Una chica honesta y sincera. Sólo eso. Algo de lo que falta mucho en Hollywood.

—Y en todas partes, diría yo.

—Pero aquí más que en ninguna otra. Esta es una ciudad de mentiras. Decorados, cartón piedra, escayola, disfraces y caracterizaciones. Pero no sólo dentro de los estudios o en unos metros de celuloide. No, no sólo en eso, Darren, sino en la propia calle, en las gentes que nos rodean, en todos los sitios.

—Quizá tenga razón, Melissa. Pero nosotros dos no podemos hacer nada por cambiarla, ni siquiera haciendo esa película.

—Alguien debe empezar a decirles las verdades a todos. Pueden seguir otros.

—Puede. Pero no confíe demasiado. Creo que tiene muy buena fe, Melissa.

—¿Usted no? Por simple ciudadanía, se ha enfrentado a la Mafia, recuerde. Y no contento con eso, ha sacudido una paliza a Lou Gilbert, uno de los esbirros de Lee Landis, y le ha humillado a él en público. Todo eso, ¿no lo hizo por buena fe?

—Creo que no —negué—. Lo hice por autodefensa. Renzo Stampa intentó matarme también a mí. Me defendí, eso es todo. Lee Landis me hizo atacar por su guardaespaldas.

Sólo me defendiendo, Melissa. Usted ataca.

—Entonces, formaremos un buen equipo —rió—. El mejor de la Liga

local, sin duda.

—No tiene remedio —sacudí la cabeza—. Bien, vamos allá, hasta que nos hagamos pedazos la cabeza o logremos limpiar un poco esta ciudad. Estamos embarcados en la misma tarea. La haremos, estoy seguro.

—Yo también —me tendió su mano por encima de la mesa—. ¿Amigos en todo, Darren?

—Amigos —asentí, con un suspiro, apretando aquella mano femenina, suave y delicada, y que sin embargo yo sabía que estaba llena de firmeza, como toda ella.

Nos separamos en el centro de la ciudad. Yo me encaminé al apartamento que había arrendado no lejos de Sunset, con mi coche de segunda mano, pensando en todo lo sucedido aquel día, incluida la nueva inyección de dólares a mi cuenta. Evidentemente, toda la mala fortuna que tenía en crearme poderosos enemigos en aquella ciudad, la tenía inmejorable en obtener dinero.

Cuando bajé del coche ante mi casa, ocurrió.

Alguien puso un frío objeto de acero cilíndrico en mi espalda, apretando mis costillas, y una fría voz me amenazó:

—Ni un movimiento, Garfield, o es hombre muerto. El arma lleva silenciador y nadie se enterará de nada hasta que encuentren su cadáver.

CAPITULO V

Eran unas palabras la mar de expresivas. No necesitaron repetírmelas.

Me quedé quieto, rígido como una barra de acero. Unas manos diestras me cachearon, y mi flamante automática voló de mi bolsillo con suma facilidad. Me sentí indefenso, al borde de mi propia tumba.

—Está bien —silabeó la ronca voz a mi espalda—. Ahora camine hacia aquel coche negro, el De Soto parado en la esquina. Eso es. Sin trucos, ¿está claro?

Estaba como la luz del día. Obedecí, entre otras cosas porque no me quedaban muchas más cosas que hacer. Me habían sorprendido como a un imbécil, y eso no tenía ya remedio.

Alcané el coche. Había un hombre sentado al volante. Tras de mí, las pisadas eran de otros dos hombres. Uno pasó rozándome, y se fue a sentar junto al chófer. El otro me empujó con aquel objeto de metal pegado a mis costillas, y tuve que entrar en el coche y acomodarme, en el asiento trasero. El tipo lo hizo junto a mí. Al mirarme de soslayo, descubrí un perfil duro y anguloso, bajo un sombrero flexible gris oscuro. Lo que llevaba en su mano no era precisamente un juguete. Se trataba de una pistola de calibre 45, voluminosa y negra, provista de un tubo silenciador en su cañón.

La puso pegada a mi costado, me miró duramente con ojos pequeños, fríos y brillantes y silabeó:

—En marcha, Max. Vamos a dar un paseo.

Si eran mafiosos —y hubiera apostado triple contra sencillo a que lo eran—, la palabra

«paseo» podía tener de hecho un siniestro significado, nada esperanzador para mí. Me maldije por haberme metido en tantos líos, pero las cosas eran así, y no podía volverme atrás.

Rodamos a velocidad prudencial por las calles bien iluminadas. En una ocasión pasamos junto a un agente de tráfico, e hice un movimiento instintivo en el asiento. El arma se me clavó de tal modo en el cuerpo, que fue como si me barrenasen con ella.

Cuando empezaron a escasear las luces y los edificios, y comprendí que íbamos en dirección a un lugar tan apartado como San Bernardino, sentí un escalofrío, pero me dominé lo mejor posible e incluso reuní suficientes ánimos como para hablar con voz serena y tranquila:

—¿Dónde es la fiesta, amigo? —quise saber.

—Cierre el pico —me replicó fríamente mi captor.

—Si quiere convertir mi cuerpo en un colador y echar mi cadáver en un sitio apartado, puedo sugerirle varios lugares que conozco bien —me ofrecí con burlona cortesía.

Me miró con disgusto.

—¿Es que no puede permanecer callado? —gruñó.

—No —negué—. Me gustaría morir hablando. O cantando ópera

cuando menos.

—Muy gracioso. Haga otro chiste y será el último.

Opté por callar. Después de todo, si querían matarme, lo harían de todos modos, y ya estábamos en sitios lo bastante despoblados, cerca de Montebello, como para volarme la cabeza de un disparo silencioso y tirarme a la cuneta impunemente.

Rodamos un trecho más. Ya no había apenas edificaciones a nuestro alrededor, las

luces eran aisladas y distantes, marcando el emplazamiento de residencias y hotelitos dispersos, y abundaba la vegetación a ambos lados de la carretera.

Allí dentro, sólo se oía el roncar del motor. El silencio empezaba a hacerse insoportable.

—Si me liquidan, todo el mundo sabrá quién lo hizo —señalé sordamente—, Renzo Stampa terminará en la cámara de gas, y su hermano Vito le irá a hacer compañía por mi muerte.

Mi captor se exasperó. Me pegó un golpe seco con el arma en el costado, y me dejó sin aliento, al tiempo que rezongaba con malhumor:

—¿Cuándo diablos callará de una vez, y dejará de decir estupideces?

—Escuche, no va a asustarme ya más de lo que estoy —me engallé—. De modo que seguiré hablando, o tendrán que amordazarme o liquidarme ya. Estoy harto de ustedes y de todo esto. Si no hablan algo y me dice lo que piensan hacer conmigo, soy capaz de abrir la portezuela y saltar a la carretera aunque me mate... a menos que usted no me mate antes de un balazo, ¿está claro?

Mi arranque de coraje le dejó asombrado. Me miró, meneó la cabeza, e iba a decir algo, cuando uno de los de delante le avisó:

—Ya llegamos. ¿No hay alguna manera de que ese tipo se calle de una vez, Mess?

—No, maldito sea, a menos que le rompa la crisma —se exasperó mi compañero de asiento, fulminándome con la mirada.

Esta vez consideré más prudente callar. Empezaba a albergar una leve

esperanza.

Después de todo, habían tenido cien oportunidades de matarme ya. Y yo les había dado alguna otra con mi obstinación. Pero no lo habían hecho. No aún, cuando menos.

Miré ante mí. Los faros del coche iluminaban una pared, una cerca de ladrillo estucado y una puerta con verja metálica que alguien accionó desde el otro lado. El coche entró raudo, sonando sus ruedas sobre una gravilla gruesa, sendero arriba. Altos setos y arboledas nos flanqueaban. Debía de tratarse de una amplia y lujosa propiedad, en pleno Monte-bello, entre Belvedere y Tío San Gabriel.

Pasaron el vehículo en una amplia rotonda iluminada. Me hicieron salir, siempre arma en ristre mi captor, y me señaló las cristaleras bien iluminadas de la casa que se alzaba ante mí, en forma de herradura, con una amplia piscina a un lado y una cancha de tenis al otro.

—Entre —me invitó el hombre de los ojos fríos y duros—. Y no hable hasta que le pregunten, por el amor de Dios.

Le hice caso esta vez. Empezaba a sentirme intrigado de veras. Cierto que podía suceder que me llevaran allí para liquidarme, pero me parecía demasiada molestia para algo tan sencillo como deshacerse de un tipo de mi clase.

Entré. Las luces del salón me deslumbraron en un principio, tras el viaje en la penumbra del coche. Descubrí que había tres personas en la estancia, y que ésta era una mezcla de *living* y biblioteca, asomada a las puertas-balcón que daban al jardín.

Un hombre bebía un combinado, en pie junto a una chimenea de mármol. Otro, sentado en una butaca tapizada de granate, me contempló, mientras jugueteaba con un grueso y largo cigarro habano entre sus dedos enjorados.

La tercera persona era una mujer. Una mujer joven, hermosa, resplandeciente de joyas,

de elegancia y de tinte platino en el pelo. Una especie de Carola Lombard mezclada a partes iguales con Lana Turner y Jean Harlow. La mezcla resultaba explosiva. Su traje de noche, en raso rojo, era deslumbrante y provocativo. Sus curas mareaban.

—Buenas noches, señor Garfield —me saludó el hombre del sillón afablemente.

—Buenas noches —respondí con sequedad, escudriñando a los tres—. ¿Esta es la fiesta?

—Exacto —rió el del sillón—. Una fiesta bastante íntima como verá, pero fiesta al fin y al cabo. ¿Algo de beber, señor Garfield?

—Sí, por favor. Algo fuerte. Lo necesito.

—Ya oíste a nuestro invitado, Howard —se dirigió al hombre de la chimenea, con una sonrisa—. Sírvele un buen brandy o un whisky, como él prefiera.

—Brandy —elegí. Les miré ceñudo—. ¿Es mi último trago?

—Por Dios, qué truculento —rió el del sillón—, ¿De veras cree que está aquí para morir, señor Garfield?

—¿Para qué, si no? Me trajeron a punta de pistola, me trataron como a un secuestrado, y sus hombres tienen todo el aspecto de pistoleros. ¿Qué otra cosa puedo pensar?

—Moss tiene sus propios métodos para hacer las cosas —comentó burlón el que parecía dueño de la casa, mientras el de la chimenea me tendía una copa de brandy que tomé con rapidez y casi ansiosamente—. Pero es buen chico, después de todo. ¿Le ha causado algún daño?

—No, no demasiado —torcí el gesto—, Pero no me gusta ser utilizado como un pelele,

—Si le hubiese invitado de otro modo, tal vez no hubiera venido —sonrió el otro, incorporándose lentamente de su butaca—, Yo soy Nelson Crane, director y productor cinematográfico independiente, señor Garfield.

—Vaya... Creí que sería un socio de Al Capone —comenté, seco, sin darle la mano a pesar de que él me tendía la suya.

—En cierto modo, acertó —rió, encogiéndose de hombros y retirando su mano—. Yo era socio de un hombre llamado Luigi Cortesse. ¿Ha oído hablar de él?

—Cielos... —le miré perplejo—. El hombre que murió en el restaurante, junto a mí...

—El mismo. Usted estuvo a punto de acompañarle, creo. Pero se salvó. Y no contento con eso, pulverizó el coche de Renzo Stampa. Porque

era Rezo Stampa quien empuñaba la ametralladora, ¿cierto?

—Muy cierto. Le identifiqué sin lugar a dudas. Era él quien disparaba, no el otro tipo del coche, como creo que ha declarado ante la policía.

—Usted ha sido muy valiente al mantener su declaración.

Más que eso: es temerario. Vito Stampa le tiene ya sentenciado a muerte, estoy seguro.

—Sí, yo también —asentí—. Esta noche me ha cazado usted. Si llega a ser Stampa, ya estaría fuera de circulación.

—Sí, me he dado cuenta de ello —me miró afablemente. Era un hombre recio, musculoso y algo tosco. Su fino bigotito, recordaba al de George Brent, el actor. Pero ha tenido la fortuna de que sea yo quien le haya hecho venir a mi fiesta. Le presentaré a mis amigos aquí presentes. Ella es Sue Hopkins, una nueva «estrella» que voy a lanzar en mi película *Pasión y rebeldía*, actualmente en período de montaje. Una chica inteligente y

muy hermosa, como podrá advertir fácilmente. Mi amigo es Howard De Haven, el actor de todas mis producciones, actualmente cedido por convenio especial a la Warner Bros, para un filme con Bogart y Alexis Smith. Un gran muchacho y un actor dúctil y sensible como pocos, que empieza a destacar en el firmamento cinematográfico.

—Es un placer conocerles —les miré alternativamente con cierto interés—. No estoy muy al corriente del mundillo del cine, a causa de los dos años de distanciamiento que para mí ha supuesto de la vida civil el servicio en el Pacífico. Pero estoy seguro de que el señor Crane debe de ser totalmente justo en sus elogios. Yo soy, como ya sabrán, Darren Garfield, ex detective y escritor aficionado.

—Le conocemos bien de oídas, Garfield —me sonrió seductoramente la rubia Sue Hopkins, avanzando hacia mí entre cimbreos turbadores de sus espléndidas curvas ceñidas por el satén rojo de su vestido—. En las últimas horas ha logrado una singular notoriedad en Hollywood.

—Y eso que no he hecho más que empezar —reí burlonamente.

—Su última hazaña acabo de saberla esta misma noche —Crane soltó una carcajada y añadió—: Su escena con Gary Lee Landis y su esbirro Lou Gilbert, en la Universal, ha dado ya la vuelta a la ciudad. Me imagino cómo debe estar mi querido colega...

Su comentario también me hizo sonreír a mí, aunque seguía ignorando a qué conducía todo aquello, y por qué estaba yo allí, secuestrado como en una mala película de «serie negra».

—Bien, se preguntará por qué le hice venir a mi casa de tal modo —dijo de pronto Nelson Crane, dejando de reír y como si hubiera adivinado mis pensamientos—. ¿No es eso, Garfield?

—Usted mismo puede imaginarlo.

—Se lo diré en pocas palabras. Me cae usted bien.

—Vaya, eso es un consuelo. Si llego a caerle mal, ¿qué hubieran hecho Moss y sus angelitos conmigo?

—Algo muy desagradable, esté seguro —dijo, mirándome con cierta frialdad. Luego sonrió, al añadir—: Pero ése no es el caso, por fortuna para usted. Lo de Stampa me ha perjudicado mucho. Tenía negocios con él. Dinero invertido.

—¿En prostitución o en drogas? —sugerí, maligno.

Me fulminó con la mirada, pero mantuvo la compostura, aunque su voz sonó agria:

—Es usted terrible, Garfield. Empiezo a comprender por qué le pasa lo que le pasa. Le gusta llamar a las cosas por su nombre, ¿eh? Le seré franco yo también. No tuve nunca nada que ver en los negocios de corrupción de menores y prostitución que manejaba Luigi Cortesse. Además de eso y de los estupefacientes, Cortesse manipulaba otro aspecto de este negocio del cine, bastante perseguido por la ley. ¿Me entiende usted?

—Creo que sí —afirmé—. Cine pornográfico.

—Lo dicho: es usted demoledor. Yo le llamaría «cine erótico» o «cine audaz». Es como se le califica en los círculos donde se exhibe.

—Allá cada cual con sus engaños. Para mí, sigue siendo pornografía.

—Bueno, dejémoslo así. Cortesse y yo teníamos ese negocio en común. Al morir él, he perdido mucho dinero. Cantidades que no figuran en parte alguna, pero que él debía de entregarme, se fueron al limbo definitivamente. ¿Sabe que también Lee Landis hace cine

de ese tipo, asociado con los Stampa?

—Lo imaginaba. Competidores en todo, ¿no?

—Sí, en todo. Sue empezó conmigo en esa clase de filmes, aunque ahora ya se dedica a cosas más selectas.

—Ya —miré las curvas de la rubia platino, y me dije que era una lástima no haber visto uno de sus filmes eróticos o como quisieran llamarlos—. ¿Y qué pintó yo en todo ello, señor Crane?

—Tal vez mucho. Es la persona que puede hundir a los Stampa definitivamente. Y con ellos, muchos negocios de Gary Lee Landis. Manténgase firme y acuse a Renzo Stampa.

—No acuso a nadie. Digo simplemente la verdad. Lo que yo vi.

—Pero recibirá amenazas, coacciones, quizá palizas e incluso intentos de agresión mortal. Está metido en un buen lío, y podría terminar arrepintiéndose de ello, y pactando con Vito Stampa por miedo, por dinero o por lo que fuese.

—No me conoce, señor Crane. Nadie me hará llegar a eso.

—No esté tan seguro. Conozco los medios de los Stampa. Han logrado aplastar a gente mucho más fuerte y capaz que usted. Si le ofrezco que resista, es porque tendrá apoyo.

Yo le protegeré. Va a tener desde ahora protección por parte de hombres de mi nómina.

Y no proteste, porque será inútil. Usted es mi mejor arma contra mis adversarios, y no pienso perderla, ocurra lo que ocurra. Puede vivir tranquilo, seguro de sí mismo. Con mi gente cerca de usted, nadie va a hacerle daño. Y si necesita medios, dinero, lo que sea, cuente conmigo.

—Es muy amable, señor Crane, pero no necesito nada de eso.

—Puede llegar a necesitarlo, nunca se sabe —me palmeó el hombro cordialmente—.

No lo olvide. Somos amigos y estamos embarcados en la misma empresa.

—Yo no quiero saber nada de sus negocios de cine pornográfico, Crane. Me dan tanto asco las películas que usted filme como las que haga Lee Landis. Eso es basura para obsesos sexuales, nada más.

—No discutiré con usted de moral. Son negocios, y eso basta. No le mezcle en ellos, esté tranquilo. Lo que quiero es que los Stampa no terminen con usted. Y podrían hacerlo.

¿Sabe que un abogado muy vivo, un tal Kevin Harris, va a solicitar mañana de un juez la libertad condicional de su defendido, Rezo Stampa, por una fianza de doscientos cincuenta mil dólares?

—Pero no se la concederán... —objeté, alarmado.

—Puede apostar conmigo lo que quiera, Garfield —rió Crane—. Le aseguro que Rezo Stampa saldrá de su celda en menos de veinticuatro horas. Apuesto cien contra uno.

—Pues sí que hay justicia en Hollywood... —gruñí.

—Es igual en todas partes. Mientras no se demuestre la culpabilidad de alguien ante un jurado, y éste dicte su veredicto condenatorio, el acusado es inocente ante la ley, y tiene derecho a la libertad bajo palabra, con una fianza previa. Así son nuestras leyes, y así debemos aceptarlas, Garfield.

—Está bien —suspiré—. Creo que necesitaré su protección, Crane, aunque maldita la gracia que ello me hace.

—Sabía que entraría en razón —me acompañó a la puerta. Moss y sus pandilleros esperaban fuera—. Si quiere quedarse a la fiesta...

—No, no, gracias —rechacé—. Estoy cansado, Crane. En otra ocasión.

—Oh, no sabe lo que se pierde —rió Sue Hopkins, guiñándome un ojo cargado de rímel azul—. Vamos a ver unas escenas de mi última película. Y en su honor pasaríamos algunas de mis viejas películas eróticas...

Casi me convenció. Ver a Sue Hopkins sin aquel vestido

rojo, con sus curvas al aire, debía de valer la pena. Pero terminé negándome de nuevo.

—Hoy no —insistí, ya en el exterior—. Y eso que es toda una tentación...

Howard de Haven sonrió, mirándome irónico, Sue soltó una risita voluptuosa, moviendo sus caderas ampulosamente al ir hacia el fondo de la sala, y yo me despedí de Crane en el jardín. Los grillos cantaban

estrictamente en los alrededores. Hizo un gesto, y Moss me reintegró mi arma, invitándome a subir al coche negro, para devolverme a mi casa.

—Hasta otra, Garfield —me dijo Crane al irme—. Esté tranquilo. Aunque se vea solo, estará siempre protegido, vigilado por mis hombres, no lo dude...

No lo dudé. Regresamos al centro urbano en silencio. Esta vez no irrité a Moss con mis comentarios. Me sentía mucho más tranquilo sabiendo que no peligraba inmediatamente mi vida. Aunque la noticia de la casi segura libertad de Renzo Stampa, distaba mucho de ser tranquilizadora para mí.

Esa noche me acosté realmente fatigado, y dormí profundamente, sin pesadillas siquiera.

La auténtica pesadilla empezó al otro día, al despertar.

Fue cuando me enteré del suicidio de Lauri Taylor, de mi amiga Lauri, la pelirroja actriz a quien un día facilitara yo el divorcio.

CAPITULO VI

Lauri Taylor.

Muerta. Lo acababa de decir la radio en un boletín de noticias de alcance. Acababa de hallarla su doncella, sin vida en el lecho. Sobre la mesilla, un frasco de píldoras somníferas a medio vaciar. Algunas de esas píldoras, dispersas en la mesilla y en el suelo. Las demás, en el organismo de Lauri. Con una generosa dosis de alcohol, exactamente un vaso de whisky que sin duda había ingerido casi lleno.

En una máquina de escribir portátil, sobre una mesa próxima, una nota sin terminar se iniciaba con una expresiva frase:

«No tengo ganas de seguir viviendo. Estoy harta de muchas cosas. Lo mejor es terminar. Yo, Lauri Taylor, voy a poner fin a mi vida porque...»

El por qué, según el locutor de la radio, nadie lo sabría ya jamás. Ella se había quitado la vida con una mezcla explosiva.

Me quedé sentado en la cama, sintiéndome realmente enfermo. Recordé mi último encuentro con Lauri, nuestra charla en los estudios, delante de una taza de café. Su película con Basil Rahtbone y Jona

Bennett. Llena de vitalidad, de alegría, de simpatía y naturalidad, como siempre...

Vagamente, mientras dominaba las náuseas, recordé mi último encuentro con Lauri, nuestra charla en los Estudios

Vagamente, mientras dominaba las náuseas, recordé algo. Unas palabras que ella había pronunciado descuidadamente durante nuestra conversación en la cafetería.

—Darren, yo estimo demasiado mi propia vida para que llegase a correr un riesgo semejante, Por eso no comprendo tu sangre fría en un caso así.

Y ella, que había hablado así, ahora estaba muerta. Se había suicidado. Como antes lo hiciera Yvonne Davis y Melody Malone. Sedantes y alcohol. Un veneno seguro, mortal de necesidad.

Pero ¿por qué? ¿Por qué?

Una mujer joven, bonita, llena de vida, habla de sus deseos de vivir solamente horas antes de matarse. Era lo que había sucedido. Y no tenía sentido.

Me vestí algo torpemente, después de asearme y tomar una ducha fría. Me sentí algo mejor, pero no demasiado. Seguía pensando en Lauri Taylor.

No me costó mucho conocer su dirección en Hollywood. Un bungalow apacible, en una zona ajardinada de Beverly Hills. Poco después estaba allí. Había policías uniformados en los alrededores y dentro de la casa. Un hombre de terno beige y corbata azul asomó su rostro huraño por las vidrieras cuando crucé la verja de entrada, tras decirle a un policía que era amigo de la difunta.

—¿Quién es usted? —preguntó el hombre, con cierto aire abrupto en su tono.

Le miré, estudiando sus ojos acerados, su boca dura y su gesto meditativo.

—Darren Garfield, amigo de Lauri Taylor desde hacía años —me presenté—. ¿Y usted, señor?

—Frank Vogel —me mostró en su mano una placa que yo conocía bien—. Teniente de policía de Los Angeles. He oído su nombre varias veces en las últimas horas.

—¿De veras? —sonreí, torciendo la boca—. El asunto Stampa, supongo.

—Supone bien —asintió. Me estudiaba receloso—. ¿De verdad que era amigo de ella?

—¿De Lauri? —me estremecí. Bajé la cabeza. Sabía que debía tener mis ojos ensombrecidos—. Claro, muy amigos.

—Es el primero que viene por aquí desde que la encontramos. ¿Quién se lo dijo?

—Nadie. Lo oí por la radio.

—Ya. ¿Hace mucho que no la veía?

—Horas solamente. Ayer la vi en los estudios Universal. Tomamos café juntos.

—¿De qué la conocía?

—De cuando fui detective privado. Y ella mi cliente. Debe saber eso.

—Que usted fue detective, sí. Que ella fue cliente suya, no —dio unos pasos mirándome calculador—. ¿Quiere verla?

—Si es posible... No será agradable, pero quisiera verla.

—Murió dulcemente, sin duda. En sueños. No llegó a despertar.

—Es una forma de morir que empieza a ser habitual aquí —comentó secamente, siguiéndole hacia la escalera de la casita de dos plantas.

—Sí, las «estrellas» son histéricas y caprichosas. Viven depresiones frecuentes. A veces no las soportan. Y ocurren cosas así.

No dije nada. Iba pensando en muchas cosas. Me introdujo en un dormitorio luminoso, moderno y alegre. Una sábana cubría totalmente el cadáver sobre la cama, incluido el rostro. Aparecía rígida, tremendamente rígida. Noté un escalofrío y de nuevo me dieron náuseas.

—Aquí la tiene —me dijo el teniente Vogel. Y tiró de la sábana suavemente.

Tuvo razón. Parecía dormir. No había nada violento ni crispado en su gesto. Ojos cerrados, boca entreabierta, facciones relajadas... Estaba

hermosa. Pero muerta. Eso era lo malo.

Me aparté despacio. Fui al lavabo de inmediato y me eché agua fría del grifo por la nuca y la frente. El policía me observaba en silencio.

—Lauri... —musité, volviendo al dormitorio—. Pobre Lauri...

Mis ojos se clavaron en la mejilla. Cápsulas dispersas.

También algunas en la alfombra. No habían tocado nada. Todo estaba tal como al llegar la doncella. Un vaso alto, vacío, con restos de licor ambarino en su fondo. Un frasco volcado, con tabletas. Y un nombre sobre una etiqueta. El nombre de un poderoso hipnótico y sedante.

—Supongo que esto no le sorprenderá demasiado —comentó Vogel.

—¿Por qué no? —demandé, volviéndome hacia él con viveza.

—Bueno, usted la conocía. Una muchacha propensa a una decisión así, siempre lo revela en algún momento.

—Ahí está lo malo, teniente —dije con brusquedad, dirigiéndome a la salida—. Que ella nunca reveló tal cosa. Amaba la vida. Deseaba vivirla intensamente. Yo que usted, investigaría esta muerte a fondo. Y la de otras, como Yvonne Davis y Melody Malone...

No añadí más, ni él me interpeló. Se quedó atrás, como si le hubiera asestado un mazazo del que le costaba recuperarse. Abandoné el bungalow de Beverly Hills sintiéndome profundamente abatido. Hasta el sol de California me pareció aquella mañana, de regreso al centro de la ciudad, turbio y triste. Como mis pensamientos.

En ningún momento me di cuenta de que alguien pudiera seguirme, pero cuando llegué a mi apartamento, alguien había deslizado un sobre cerrado por la rendija inferior de mi puerta.

Contenía un breve mensaje expresivo:

«Si llega a apostar anoche, hubiera perdido. Renzo Stampa ha sido puesto en libertad bajo fianza. No tema nada. Le tenemos bien protegido. Mis hombres le han seguido también en su visita a Beberly Hills. No le abandonamos. N. C.»

Nelson Crane cumplía su palabra. Extraño mundo aquel en que andaba yo metido ahora, entre pistoleros, rufianes y personas respetables que no lo eran.

Y por si fuera poco. Lauri Taylor. Muerta.

No sé por qué lo hice. Pero me puse a escribir en mi máquina rápidamente. Era un nuevo relato para Austin Goodman y su *Film Weekly*. Un relato que podía provocar un terremoto en Hollywood.

* * *

En el funeral había mucha gente que yo conocía. Casi me sorprendí de verles allí reunidos aquella mañana, veinticuatro horas después de la muerte de Lauri. No faltaban sus últimos partenaires, Basal Rethbone y Joan Bennett.

Reconocí a Beverly Nolan y su protector, Gary Lee Lanis; a Melissa Powers, mi nueva amiga y colaboradora. A la platinada Sue Hopkins, escoltada por Howard de Haven, el apuesto galán de las películas de Nelson Crane. También éste, con uno de sus impresionantes habanos en los labios, y su bigotito a lo George Brent, estaba presente en la ceremonia fúnebre. Otras personas conocidas, como la productora Joyce Barnes, una mujer de empresa tan dura y capacitada como cualquier hombre, iba en compañía de un tipo elegante y remilgado, de cabellos rubios y sonrisa fría, de quien alguien me confió que era nada menos que Kevin Harris, el abogado de los hermanos Stampa, un prestigioso letrado con la representación legal de los intereses de Lee Landis y sus producciones, unido a sus conexiones de tipo jurídico con los *mafiosos* como Renzo y Vito Stampa. Uno terminaba allí por no saber dónde empezaba el mundo del cine y dónde terminaba el del crimen organizado y el delito más o menos legal.

—Bonito personal, ¿eh, Darren? —me comentó irónicamente Goodman, mi editor, al acomodarse junto a mí en la primera fila de la capilla.

Asentí, ceñudo. Austin Goodman tenía razón. La mayor parte de aquellas personas eran aparentemente respetables en la ciudad, pero eso era sólo apariencia, como sabíamos ambos muy bien. Pero todo ello, en el fondo, me tenía ahora sin cuidado. Era Lauri la que ocupaba mis pensamientos de forma casi obsesiva. Su bonito rostro enmarcado de cabellos rojos, no podía borrarse de mi memoria. Ni siquiera hice gran caso a Melissa, cuando me rozó para acomodarse unos asientos más allá del mío.

También vislumburé, súbitamente, a un rostro que me era conocido y me produjo un

cierto sobresalto. Era el de Frank Vogel, teniente de policía. ¿Qué

hacia él allí, en los funerales por una, chica que se había matado como tantas otras figuras de Hollywood, el mundo de oro y basura?

Tras la ceremonia puramente religiosa, la comitiva fúnebre partió hacia el cementerio de Beverly Hills donde iba a reposar para siempre Lauri Taylor, Todos partimos tras el féretro, en silencio.

Antes de ser sepultada, el reverendo pronunció unas palabras en su memoria, y la tierra comenzó a cubrir el féretro de mi buena amiga Lauri. Contemplé la caída de los terrones sobre la caja con expresión sombría. Mis manos se crispaban, impotentes. Miré a mi alrededor. Todos, incluido el teniente Vogel, con su aire ausente, asistían al fin del ceremonial con ese aire entre ambiguo y preocupado que produce la muerte ajena.

Yo, de repente, hablé. Y lo hice en voz alta. Había meditado mucho este paso. Lo di de repente, sin que nadie pudiera sentirlo:

—Descansa en paz, Lauri Taylor —dije, con un tono tan potente, que todos se volvieron hacia mí, sobresaltados. Yo añadí, poniendo un énfasis en mis palabras digno de ser tenido en cuenta por algún director de cine—: Y que tu asesino pague pronto por este crimen abominable.

Siguió un silencio mortal en el pequeño cementerio alfombrado de césped. Me miraron con una mezcla de estupor y desconcierto. A mi lado, Austin Goodman abrió mucho sus ojos y me clavó una mirada perpleja.

Observé que el teniente Vogel, con su sombrero flexible en las manos, se movía unos pasos hacia mí.

—¿Qué es lo que ha dicho, señor Garfield? —preguntó abruptamente.

—Lo que ha oído, teniente —dije con el mismo tono de antes, que todos podían oír sin dificultades—. Yo sé que Lauri Taylor no se suicidó. Estoy *seguro* de ello. Podría jurarlo sin temor a equivocarme.

—¿Está borracho, Garfield? —fue el desdeñoso comentario de Gary Lee Landis.

—Nunca estuve tan sereno, señores —manifesté, dando unos pasos hacia la tumba de mi joven y bonita amiga—. Sólo unas horas antes de morir, Lauri me decía que no comprendía a los suicidas ni a las personas que ponen en peligro su vida. Ella nunca hubiese atentado contra sí misma. Sólo ansiaba una cosa: vivir. *Vivir*, ¿comprenden? No

tomaba somníferos. No le gustaba el alcohol. Y, de repente, desea morir, toma hipnóticos y bebe whisky. ¡Mentira! Yo digo aquí, ante todos, que es mentira. Ya lo sospeché con la muerte de Melody Malone. Ahora, he confirmado mis sospechas de entonces. Hay alguien en Hollywood, señores, en esta misma ciudad, que *está asesinando* una por una a las actrices que parecen fallecer por propia iniciativa, en idénticas circunstancias. Así mató ya a Yvonne Davis, a Melody Malone... y ahora a Lauri Taylor. No podemos saber cuál será la próxima, pero es seguro que habrá otra víctima. Y otras más...

—¿Tiene pruebas de lo que dice? —indagó agitadamente Howard de Haven, aferrando una mano de la platinada Sue Hopkins.

—No —negué—. No las tengo. Supongo que una autopsia tampoco revelaría nada especial, porque todo consiste en dormir con narcóticos a la víctima elegida, luego darle una dosis masiva, disuelta en una bebida alcohólica, y dejarla morir lentamente, sin que llegue a despertar. Una muerte dulce pero cruel. Un modo de asesinar como cualquier

otro.

—Pero ¿por qué, Garfield, por qué esos crímenes, si fuese cierto? —me espetó el teniente Vogel agriamente.

—No lo sé. Si supiera el motivo, tal vez tendría al culpable. Esa es tarea suya, de la policía, teniente.

—Estás buscando publicidad gratuita, Garfield —me acusó Beverly con un brillo agresivo en sus ojos—. Eres despreciable.

La miré casi con ferocidad. Elevé mi voz, en el silencio lúgubre del cementerio:

—Muy bien. Recogeré ese reto. No busco otra cosa que justicia, O venganza. Si la policía no encuentra al asesino de Lauri, a la persona que la mató a sangre fría, yo lo haré.

Yo juro que encontraré a ese canalla y lo entregaré a la ley, si antes no me da la grata oportunidad de matarle con mis propias manos.

—Todo esto es una locura absurda —protestó Gary Lee Landis—. Debería arrestarle por alterar la paz de un camposanto en momentos así, teniente.

—Lo estaba pensando —Vigil me miró, ceñudo—. ¿Sabe que está

saliéndose de tono, Garfield?

—Quizá, teniente. Pero sé lo que digo.

—Es muy grave afirmar que Lauri Taylor y las demás fueron asesinadas.

—Pero lo afirmo. He escrito un artículo sobre ello, que saldrá en el *Film Weekly*. Allí acuso a esta ciudad de muchas cosas. Cosas de las que todos son responsables. Cosas como ésta, en que una serie de asesinatos ni siquiera preocupan a la policía.

—¿No cree que está obrando muy ligeramente y puede costarle un disgusto? —me sugirió ásperamente el policía.

—Sólo digo la verdad. Lauri Taylor fue asesinada mientras dormía, por alguien en quien quizá confiaba. Alguien que, posiblemente, está ahora aquí, entre nosotros. Un asesino que puede moverse por Hollywood sin despertar sospechas. Tal vez un loco. Pero un loco feroz y peligroso, que ha decidido asesinar a las actrices jóvenes por algún motivo que ninguno podemos entender aún.

—¿Entre nosotros? —se escandalizó Lee Landis, enrojeciendo—. ¿Es que vamos a permitir a un advenedizo que nos acuse impunemente de sospechosos de asesinato a personas respetables y dignas?

—Vamos, vamos, Landis —rió sardónicamente Nelson Crane, dando una chupada larga a su habano—. Aquí no todos somos tan respetables como parecemos. Ese tipo, Garfield, me cae simpático. Sabe jugársela a cada momento por soltar las verdades o las que él cree que son verdades. Visto así, no me extrañaría que alguien esté asesinando a las actrices, fingiendo suicidios repentinos. Yo también empiezo a sospechar algo raro en todo eso.

—Y yo —me apoyé con repentino entusiasmo Melissa Powers.

—Aunque no sé exactamente en qué se basa Darren para hablar así del asunto, como editor suyo y como amigo, estoy de su parte —corroboró Austin Goodman con energía, mirando a los presentes—. Publicaré su artículo. Y si realmente hay un asesino en Hollywood que se dedica a matar a las actrices jóvenes mientras duermen, le ayudaré a dar con él con toda la fuerza de mi publicación.

—Gracias, Goodman —le sonreí—. No olvidaré su apoyo en este trance.

—Personalmente, yo también le avalo —oí la voz dura y fría de Nelson Crane—. Con dinero, influencia y lo que sea. Adelante, Garfield. Un asesino suelto, que podría ser un inteligente desequilibrado resulta sumamente peligroso para todos nosotros. No queremos que si existe, se le favorezca con la negligencia y la pasividad de todos los demás.

—Le felicito, Garfield —dijo Vogel con ironía—. Para ser un recién llegado, tiene amistades muy influyentes que se ponen de su lado. Vamos a investigar su denuncia hasta el fondo, pero si resulta carente de base, será usted quien pague las consecuencias, piénselo bien.

—Hagan lo que hagan, yo también pienso buscar al asesino —afirmé.

—Tenga cuidado, Garfield —me avisó Vogel duramente—.

No me gustan los policías aficionados. Y usted ahora no ejerce como detective privado.

No tiene licencia de tal, aunque la policía haya sido benévola con usted, autorizándole a renovar su licencia de armas tras lo de Stampa.

—Protesto por ese comentario —terció agriamente el abogado Harris—. Renzo Stampa es mi defendido y no tolero que se acuse de nada delictivo antes de probarlo ante un jurado, teniente Vogel.

—¿Lo ve? —reí con sarcasmo—. Así están las cosas en esta ciudad. Un sucio asesino como Renzo Stampa, a quien yo vi con mis propios ojos disparar sobre Luigi Cortesse y sobre mi mismo, anda suelto ahora mismo, y su abogado pone el grito en el cielo para defender una honorabilidad y una decencia que no existen más que en su imaginación.

—Darren Garfield, está jugando con fuego —se revolvió hacia mí el abogado Kevin Harris con un destello amenazador en sus ojos azules—. Todos fueron testigos de sus palabras. Puedo demandarle por calumnias e injurias.

—¿A mí? —solté una carcajada—. Escuche, Harris, yo soy el testigo que vio a su defendido cometer un asesinato y fallar otro. ¿Cree que voy a creerme sus patrañas?

Estaré en ese juicio para acusar a su cliente sin vacilaciones... a menos que entre él y su hermanito preparen mi asesinato para antes del proceso.

—Ya basta —cortó Vogel con acritud—. Deben callarse todos. Estamos en un cementerio, quebrando la paz del lugar. Si quiere hacer algo legal contra Garfield, señor Harris, hágalo fuera de aquí. Usted, Garfield, diga todo eso ante un jurado y no en este recinto destinado a la paz de los muertos. Y todos deben marcharse ya. Investigaremos la muerte de Lauri Taylor y de las demás. Y usted no se interpondrá en nuestro camino, Garfield, o le costará caro. Ahora, fuera todos de aquí, y en silencio. El incidente se ha terminado, señores.

Vogel logró imponer paz. Le obedecimos en todo. Poco después, nos dispersábamos de regreso al centro de la ciudad.

Lauri Taylor quedaba ya para siempre en su tumba de Beverly Hills. En paz. En reposo. Su historia de actriz había terminado. La palabra «Fin» había salido en la película de su vida.

Me preguntaba quién la puso, con una escena que ella no había preparado. La de su muerte violenta, provocada por una dosis abusiva de drogas y un vaso de whisky puro.

¿Quién? ¿Por qué?

Yo sabía que había un asesino suelto en Hollywood. Y esta vez no se trataba de Renzo Stampá, sino de alguien muy diferente. Alguien que mataba sin ametralladora ni balas. En silencio, sigilosamente. Entrando en la casa de sus víctimas, y dándoles el medicamento

mortal.

Yo lo sabía. Estaba seguro de eso. Lauri Taylor jamás se habría matado. Y si ella no lo hizo, ¿por qué tuvieron que hacerlo las otras?

Llevaba en mi coche a Melissa Powers, silenciosa y preocupada. En un momento del viaje de regreso, me preguntó, mirándome con rostro ensombrecido:

—¿Crees de veras lo que dijiste. Darren?

—Sí —afirmé—. Estoy convencido.

—Un asesino... —meditó ella, tocándose el labio con la punta de su dedo—, un asesino que no deja huellas... y mata antes de que una despierte. Terrible, Darren.

—Tengo que dar con él.

—¿Cómo? ¿Sabes por dónde empezar?

—Aún no. Pero siempre se empieza por alguna parte. El ovillo más complicado tiene un hilo suelto por donde empezar a desenredarlo.

—Sí, tal vez tengas razón... —rodamos en silencio un rato—. Darren, si todo eso es cierto, podríamos hacer un guión infinitamente mejor del que imaginé...

—Melissa, no me gustaría tener que adaptar al cine la muerte de una buena amiga como Lauri.

—No es necesario que narres eso, sino otras cosas. Pero un hecho así resulta lleno de posibilidades dramáticas. Si existe realmente ese asesino que finge el suicidio de sus víctimas, ¿por qué podría hacerlo, a menos que sea un psicópata?

—No lo sé, Melissa. No sé nada. Sólo que el criminal existe. Sus motivos no puedo saberlos. Puede ser alguien que odie a determinado tipo de mujeres, un enfermo mental o una persona con motivos concretos para hacer lo que hizo. Ante todo, debo averiguar si había alguna conexión entre las tres víctimas, aparte su profesión y edad...

—¿De verdad vas a investigar esto? —me miró preocupada

—Yo sólo tengo una palabra —sonreí duramente.

—Puede crearte problemas con la policía...

—Tal vez. Correré el riesgo.

Me estudió con expresión pensativa. Su pregunta tuvo algo de cálida, de suave:

—Todo esto... ¿lo haces por ella, solamente? ¿Por Lauri Taylor?

Asentí con la cabeza. Tenía la mirada fija en la ruta al responder:

—Sí, por ella, Melissa.

—Me gustaría que alguien hiciera algo así por mí, Darren —confesó ella.

—No digas esas cosas. Ella está muerta.

—¿Estabas enamorado de Lauri?

—No —negué—. Fui su investigador privado una vez. Le resolví un asunto favorablemente, y se creó una amistad. Esa amistad continuaba ahora. Era una gran chica.

Sólo por eso haré lo que sea preciso. Su asesino debe pagar lo que hizo.

—Te entiendo. Es hermoso, de todos .modos. Eres un gran tipo, Darren. Mucho mejor de lo que crees y de lo que la gente puede opinar. Pero no tienes pruebas de que sea, realmente, un asesinato. Sólo tu corazonada, tu instinto.

—Eso y la lógica, Melissa. No puedo admitir que en pocos días, sean tres las chicas que se suiciden de igual modo, todas ellas actrices jóvenes de cine, y todas ellas muriendo antes de despertar, víctimas de igual sistema... Lauri, además, quería vivir. No hubiera

sido nunca una suicida. Eso me basta.

—Me gustaría ayudarte en todo eso, Farren.

—Gracias, Melissa —la miré, con simpatía—. No es aconsejable. Mi persona es peligrosa para estar cerca de alguien. Tengo demasiados enemigos, ¿no te has dado cuenta?

—Claro —rió ella—. Pero no creo que nadie piense en matarte, o algo así...

Pudo haberse callado, aunque lo que dijo no tuvo la culpa de lo que sucedió. Pero lo cierto es que, justo en ese momento, alguien sí intentó matarme.

CAPITULO VII

El disparo destrozó los vidrios de mi portezuela. La bala zumbó junto a mi rostro, y fue a incrustarse en el lado opuesto, tras rozar también a Melissa Powers. Ella gritó roncamente.

Yo pegué un giro violento al volante, y el coche brincó como un potro desbocado, empezando luego a zigzaguear, en busca de la cuneta bordeada de setos. El disparo se repitió. Oí el ladrido seco, lejano, de un arma de fuego. Esta vez, la bala maulló, incrustándose en la carrocería de mi automóvil.

—¡Al suelo, Melissa! —rugí, agazapándome cuanto me era posible, sin dejar de darle vueltas y vueltas al volante, de forma que las

evoluciones del vehículo dificultaran el blanco del tirador.

Aun así, oí zumbiar otro proyectil, que astilló los vidrios de otra ventanilla del asiento posterior, y una bala fue a clavarse en un neumático, obligándome rápidamente, apenas sentí el impacto y la pérdida veloz de aire, a reducir la marcha, y hundir el coche entre los setos, para frenarlo lentamente, sin perder su control, y situándolo, a la vez, a cubierto del misterioso tirador, cuyo emplazamiento, sin duda alguna, estaba detectado al otro lado de la ruta, en un repecho alfombrado de césped y salpicado de arbustos.

Apenas hube metido el coche a seguro, donde no podía ser visto por el enemigo emboscado, salté fuera, advirtiendo a mi compañera de viaje que no se moviese del interior del vehículo por nada del mundo. Revólver en mano, me moví agazapado, en dirección a un punto desde el cual dominar de alguna forma el repecho desde donde llegaron los disparos. Atiné a descubrir, todavía, una leve voluta de humo, elevándose en el azul limpio y soleado de la mañana californiana. No había duda. El tirador acababa, de abandonar sin duda alguna su emplazamiento ideal para coserme a tiros impunemente.

Crucé la calzada de asfalto con rapidez, corriendo en zigzag, hasta alcanzar el lado opuesto. Subí por la ladera de césped jugoso, en busca de mi oculto enemigo, aunque me temía que éste ya no se hallaba allí.

Estaba en lo cierto. Antes de alcanzar el punto del repecho, un motor de automóvil se alejó más allá. Cuando llegué arriba, una nube de polvo señalaba el alejamiento de un vehículo imposible de identificar, por un sendero polvoriento, entre edificios destartados y un cementerio de coches.

Maldije entre dientes. Hice un disparo en esa dirección, pero sabía que era inútil. La bala no llegaría tan lejos. Sólo tenía un 38 y hubiera necesitado un riñe de gran potencia para intentarlo.

Regresé al lugar exacto donde viera subir la nubecilla de humo. Me incliné. Entre la hierba hallé algunos cartuchos. Eran de calibre 44, sin duda alguna. Un riñe, pensé inmediatamente. Quizá un riñe desmontable, capaz de ser llevado en cualquier sitio, sin que nadie lo advirtiese.

¿Obra de la Mafia? ¿De Gary Lee Landis y sus esbirros?

¿O del asesino de Lauri Taylor, a quien desafiara en el cementerio?

Regresé lentamente, con los cartuchos en el bolsillo, a la calzada. Un

coche se hallaba detenido allí. Vi a Melissa Powers que, pese a mis consejos, había salido del automóvil.

Imaginé la razón. El hombre que hablaba con ella, saliendo ahora del detenido vehículo,

era el teniente Vogel, de la policía de Los Angeles.

Me miró, preocupado, cuando yo descendía la ladera de verde hierba. Miró a lo alto.

Luego, se frotó el mentón.

—¿Ha visto algo? —indagó.

—No, apenas nada. Ya huía en un coche cuando llegué. No pude ver marca ni matrícula.

Usaba un camino polvoriento. Estos son los cartuchos.

Los examinó críticamente. Me miró pensativo. Meneó la cabeza.

—Siempre está metiéndose en líos, Garfield —gruñó.

—Yo no busqué esta emboscada —repliqué—. Me la tendieron en el sitio ideal.

—Sí, ya lo veo —señaló a Melissa—. Ella me lo contó. Faltó poco esta vez, ¿no?

—Muy poco. Empieza a ser peligroso estar a mi lado, teniente.

—Usted se lo busca. ¿Quién cree que fue?

—No lo sé. Pudo ser cualquiera: Stampa, un enemigo personal... o el asesino.

—¿Insiste en lo del asesino?

—Ahora más que nunca, teniente.

—Habla como si pensara que fue obra suya esta emboscada.

—Pudo serlo, Los *gangsters* afinan más la puntería. Parece la técnica de una persona solitaria.

—Pudo ser cualquiera. Todos estamos de regreso del cementerio. Y

seguimos este camino. Alguno se adelantó, tal vez, apostándose en el camino. O también pudo ocurrir que no sea nadie de los que asistieron al funeral.

—Estoy seguro de que sí lo fue, teniente.

—Ya —me miró muy fijo—. Insiste en su teoría del hombre que asesinó a las tres mujeres, ¿no?

—Estoy convencido de ello.

—Muy bien —suspiró—. Investigaremos cuanto sea posible. Mientras tanto, protéjase lo más posible. Tiene demasiados enemigos para llevar aquí tan poco tiempo, Garfield. De-je su coche donde está. No puede moverlo de ahí. Yo les llevaré al centro de la ciudad.

Subimos Melissa y yo en el automóvil de Vogel, partiendo a buena marcha. Por el camino, el teniente usó el radioteléfono para pedir a una patrulla que examinara el repecho y los alrededores, en busca de algún posible rastro del tirador anónimo.

Yo, me preguntaba mientras tanto dónde había estado la tan cacareada «protección»

que Nelson Crane me había cuesto para casos de peligro. No la había visto por ninguna parte.

* * *

Víctor Delano me contempló largamente, tras estrechar jovialmente mi mano y sonreír con amplitud.

—Vaya, el gran Garfield regresa —comentó—. Y con fuerza, por lo que he oído.

—¿Conoces la historia?

—¿Quién no la conoce en esta ciudad, Darren? Todo el mundo habla de ti. En poco tiempo te has convertido en el más importante testigo contra ciertos mafiosos, en el escritor más sensacionalista, y por si fuera poco, en el hombre que afirma públicamente que tres famosas actrices que se suicidaron en estos días, fueron víctimas de un asesino.

—¿También sabes eso? —reí.

—Lo ha dicho la radio hace poco. Los periodistas se enteran de todo. ¿A qué has venido, Darren? ¿A recordar viejos tiempos, o a buscar

ayuda?

—Un poco de todo. Te necesito, Víctor.

—Bien, tú dirás. Para un amigo como tú, estoy siempre dispuesto. Fuiste un gran colaborador cuando trabajaste conmigo en esta Agencia, hasta independizarte. ¿Por qué no vuelves a la tarea?

—En cierto modo, es lo que estoy haciendo —contemplé la vieja oficina de Wilshire donde había iniciado mi profesión de detective privado bajo las órdenes de Delano—.

Quiero saber quién mató a las chicas.

—¿Esa no es tarea de la policía?

—Sí. Y mía también.

—¿Por qué te metes en ese lío? ¿Algún encargo personal?

—No. Era amigo de Lauri Taylor.

—Entiendo —asintió meditativo—. Quieres hacer justicia.

—O vengarla. Lo que sea, Víctor. Cualquier cosa menos permitir que un asesino ande suelto, en la impunidad, mientras ella yace en ese cementerio. Y tal vez evitar otros hechos semejantes.

—Pero Darren, no hay ninguna evidencia de lo que afirmas.

—¿Y para qué sirve el instinto profesional, Víctor? —me irrité.

—Sí, tienes razón. Tú siempre tuviste instinto —suspiró, moviendo la cabeza—. Está bien, supongamos que existe ese criminal. ¿Cómo lo hace? Tiene que entrar de noche en casa de sus víctimas, drogárlas sin que ellas opongan resistencia... ¿No es eso un poco difícil?

—No, si tienen confianza en esa persona.

—Pero están acostadas. Ninguna chica recibe a una visita en la cama, a tales horas, sin recelar nada, a menos que sea su amante.

—Su amante... —reflexioné—. Podría ser.

—¿Amante de *todas* ellas, Darren? ¿De chicas como Yvonne Davis, Melody Malone u Lauri Taylor?

—Es una posibilidad, simplemente. Una más. Quiero que me ayudes. Que averigües cuanto te sea posible sobre la vida de todas ellas. Su intimidad, su trabajo, sus amistades, todo en absoluto. Y, sobre todo, si había algo en común a todas ellas.

Cualquier cosa, por insignificante que sea, ¿comprendes?

—Claro, Darren. Conozco mi trabajo —me sonrió, burlón.

—Lo sé. Por eso he venido a verte. Fija tú los honorarios. Puedo pagar.

—A un amigo no se le cobran estas cosas, Darren. Alguna vez puedo necesitarte yo a ti, y sé que no vas a pasarme la factura. Olvida eso. Trabajaré inmediatamente en el asunto, ve sin cuidado. Te avisaré en cuanto tenga algo.

—Gracias, Víctor —le tendí mi tarjeta recién impresa, con mis señas y teléfono—.

Confío en ti. Eres el mejor detective de la ciudad.

—Tonterías. El mejor detective está cesante en su trabajo. Eres tú, Darren. Si alguna vez quieres volver, podríamos ser socios y montar una Agencia a lo grande. Piénsalo.

—Lo pensaré —asentí—. Si esto resulta y llego a alguna parte, es posible que recapacite y vuelva a lo de antes. Después de todo, escribir también tiene sus riesgos...

Le guiñé un ojo y abandoné su oficina donde yo había iniciado mi vida de investigador privado cuando todavía no había guerra ni la gente se moría en Hollywood sin despertar.

Me dirigí a unas grandes oficinas de Sunset donde estaba montado el Centro de Producciones Cinematográficas Crane. Pregunté por el propio Nelson Crane, y me dieron a entender que no recibía a nadie. Di mi nombre, y fue como una llave mágica. Poco después estaba en su presencia, en un despacho digno de un marajá.

—Mi querido amigo Garfield, ¿qué le trae por aquí? —se incorporó, dejando su inevitable cigarro en un cenicero de grueso vidrio, para estrechar mi mano e invitarme a ocupar un asiento cromado, frente a él.

—una reclamación, Crane —dije agriamente.

—¿Reclamación? ¿En qué sentido? —se asombró.

—Esta mañana, al terminar el funeral, alguien intentó matarme desde un repecho, en el camino a la ciudad. Me dispararon con un rifle, y me salvé de milagro. ¿Dónde estaba su famosa protección a mi persona en esos momentos?

—Cielos. ¿Es que nadie le ayudó?

—No, nadie —negué con firmeza.

Pareció quedarse boquiabierto. Se inclinó rápido, usando un interfono para pedir que le pusieran inmediatamente con

Moss. Mientras esperaba, tabaleó con sus recios dedos sobre el vidrio color verde oscuro de su mesa, me dirigió una ojeada pensativa y masculló con evidente irritación:

—No me gustaría nada que usted tuviera razón, Darren.

—La tengo, Crane. No quería protección, recuerde. Usted insistió. Prefiero que no tenga que contar con nadie, si llegando el momento me dejan en la estacada.

El teléfono zumbó. Crane lo tomó con mano ruda y empezó a hablar con aspereza.

—Escucha, Moss —comentó agriamente—. Tengo aquí a Darren Garfield. Esta mañana, de regreso del cementerio de Beverly Hills, le dispararon con un riñe, estando a punto de darle. ¿Dónde estaba la protección? El no vio a nadie. ¿Qué? ¿Que era Solly el encargado de cuidar de él? ¿Y dónde diablos está Solly ahora? Bien, buscadlo. Y que explique todo eso satisfactoriamente, o irá a la calle. No me gusta quedar mal con un amigo, pero menos aún que ese amigo pueda convertirse en un fiambre por mi culpa.

Colgó de tal modo que pensé que rompería el teléfono. Se incorporó, ceñudo.

—Solly es un tipo eficaz —dijo—. Tenía que cuidar de usted, siguiéndole de cerca. No ha vuelto desde esta mañana. Moss no sabe nada de él. Es raro. Le buscaremos y le diré las causas de su negligencia. Esto no volverá a repetirse.

—¿Cuál era la técnica para vigilarme ese tal Solly? —indagué, pensativo, poniéndome en pie.

—No sé. Cada uno usa sus métodos. Habitualmente, si la persona a vigilar va en coche, se le sigue de muy cerca, pasándole a veces, para explorar previamente el camino que va a seguir nuestro protegido.

—Ya —apreté los labios, con un mal presentimiento—. Escuche, Vrane. No me extrañaría nada que ese tal Solly...

Me interrumpí. Estaba sonando el teléfono de nuevo. Con un gruñido de disculpa, Crane fue a tomarlo. Escuchó algo. Le vi abrir mucho los ojos, boquear en busca de aire, y luego soltar una sarta de obscenos juramentos, antes de colgar violentamente y decir que iba a cierto sitio inmediatamente. Le vi tomar un sombrero beige y su apagado cigarro.

—Era la policía, Garfield —me dijo con rudeza—. Han encontrado a Solly. Estaba muerto, entre los arbustos de un repecho, en el camino entre Beverly Hills y el centro de la ciudad. Le mataron de un tiro a bocajarro. Por la espalda.

Asentí despacio. Mi presentimiento se volvía a cumplir una vez más.

—Sí, Crane —dije—. Eso era, justamente, lo que yo iba a decirle.

Me miró como si viese visiones.

—¿Quiere decir que sospechaba... que Solly estaba muerto? —jadeó.

—Así es. El asesino de las actrices es mucho más peligroso de lo que imaginaba... —fue mi hosco comentario.

CAPITULO VIII

Melissa Powers dejó de teclear en la máquina de su bien soleada oficina.

—¿Crees que podemos encajar en nuestro guión ese asunto de las actrices asesinadas?

—dudó.

—¿Por qué no? Estoy convencido de que son asesinatos, no suicidios, Melissa.

—No me refería a eso, sino a... que habrá que darle una solución al final, que resulte razonable para el espectador.

—Tardaremos más de dos semanas en terminar ese guión, y más de un

mes en dejarlo listo para rodaje. En ese tiempo, el asesino habrá caído.

—Estás muy seguro de eso.

—Lo estoy, sí —apreté los labios con ira—. Cada vez más, Melissa. Ahora, el criminal está preocupado. Intentó matarme. Pero es prueba de que está nervioso y teme que llegue demasiado lejos.

—Puede intentarlo otra vez con más éxito.

—Claro. Sólo que ahora estoy en guardia. Si él no me caza a mí, seré yo quien dé con él y cierre el caso. Estoy dispuesto a ello lo antes posible.

—¿No pudo ser un mafioso el que disparó y mató a Solly, el esbirro de Moss?

—No lo creo. No es su técnica. Solly vigilaba la ruta que yo iba a seguir. Debió captar la presencia de alguien en el repecho y fue a explorar. El asesino le esperó y, cuando le hubo rebasado, le mató por la espalda. La bala corresponde al mismo rifle que nos disparó, un arma de precisión, calibre 44. Los pistoleros no acostumbran a usar esa clase de armas en sus trabajos.

—De modo que insistes: fue el asesino.

—Sí. Era alguien de los que estuvieron presentes en el funeral. Le bastó adelantarse y esperarme. En su coche debía de llevar un rifle desmontado, quizá bajo algún asiento o debajo de la alfombra. Es un tipo peligroso y despiadado, sea quien sea.

—Está bien, incluiremos la historia de los falsos suicidios en el guión. Va a tener demasiadas cosas, ¿no crees? Mafia, corrupción, asesinatos misteriosos...

—La vida lo tiene, ¿no? —me encogí de hombros—. Si pretendemos reflejar cómo es realmente esta ciudad, tenemos que atenernos a los hechos reales. Después de todo, el asesinato es también cuestión humana. Puede que haya una sórdida y sucia historia detrás de esas muertes.

—Estoy segura de ello —suspiró Melissa, volviendo a teclear con optimismo.

Yo volví a mis notas, que iba poniendo en claro para el guión que ambos estábamos haciendo, inspiramos en la triste realidad de un

mundo que la gente creía dorado y que, en el fondo, no era sino basura envuelta en celuloide y pintada en tecnicolor.

Sonó el teléfono. Melissa lo tomó, tendiéndomelo luego a mí.

—Es para ti, Darren —informó—. De Víctor Delano.

—Oh, sí. Le di este teléfono antes de venir, por si me necesitaba. Gracias, Melissa.

Delano tenía noticias. Había investigado la existencia de las tres mujeres muertas.

Ninguna de ellas tenía motivos para el suicidio, en apariencia. Yvonne Davis dejaba en el Banco una cuenta de más de ciento cincuenta mil dólares. Melody Malone había adquirido unas propiedades en Burbank y su cuenta alcanzaba casi cien mil. Lauri Taylor

poseía un seguro de vida por valor de doscientos mil dólares, aparte una suma de más de cincuenta mil en el Banco, y unas acciones que se cotizaban bien en Bolsa, por valor de otros veinticinco mil.

Lancé un silbido de extrañeza.

—Eran todas ellas bastante adineradas para llevar poco tiempo en la cumbre —comenté.

—He pensado lo mismo. No tenían amante oficial ninguna de ellas. La más frívola era Yvonne Davis, pero no tenía un amigo fijo, sino diversos romances breves. No hay nada sobre ninguna de ellas ni en los archivos policiales ni en parte alguna.

—¿Quién era beneficiario del seguro de vida de Lauri? —indagué.

—Hasta anteayer exactamente, una prima suya residente en Nueva York. No tenía más familia a lo que parece.

—¿Hasta anteayer has dicho? —repetí con sorpresa.

—Sí. Pasó por la oficina de la compañía de seguros y rectificó su póliza respecto al beneficiario de la misma, nombrando otro.

—¿Y se puede saber quién es el nuevo beneficiario? —me interesé.

—Claro —rió Delano—. Tú, Darre.

—Ya lo ve —dijo el teniente Vogel con sarcasmo—. Ahora resulta que usted es el principal sospechoso. Su acusación del cementerio se le ha vuelto como un *boomerang*.

—No dirá en serio que sospecha que yo maté a Lauri...

—¿Por qué no? Fueron amigos. Ella confiaba ciegamente en usted. Creo, a juzgar por los indicios de ese seguro de vida y otros detalles, que estaba enamorada de usted, Darren.

Y usted la visitó en su casa de noche. Ella no sospechó nada.

Y la mató. Una historia plausible, ¿no? Luego llega usted al cementerio, monta un *show* para quitarse sospechas de encima, puesto que sabe que, apenas le dejó aquel día en los Estudios Universal, ella fue a la compañía aseguradora, cambiando el beneficio de su seguro.

—Admito que suena bien. Pero usted sabe que no fui yo, teniente,

—Yo no sé nada —gruñó Vogel, dando vueltas por la oficina como un tigre enjaulado—.

Le digo lo que podría pensar un policía cualquiera respecto a usted.

—Doscientos mil dólares es mucho dinero —suspiré—. Justifica un crimen, desde luego.

Comprendo que sospeche de mí. ¿Ha comprobado si las otras tenían también seguro?

—No he comprobado nada. Delano y yo coincidimos en las pesquisas, eso fue todo. Veo que no pierde su tiempo y está hurgando a toda prisa en ello. Pero tenga cuidado de no interferirse en mi labor, o le costará caro. En cuanto a posibles seguros de vida de Yvonne Davis y Melody Malone, estamos tratando de averiguar algo concreto.

—Desengañese, teniente. Los doscientos mil no son de estos crímenes. Por la sencilla razón de que nadie salvo yo se beneficiaría de ellos.

—¿Olvida a la prima de Nueva York?

—No. ¿Ha averiguado algo sobre ella?

—Poca cosa. Es una mujer de algo más edad que Lauri Taylor. Susan Taylor, de treinta y dos años. Profesión, camarera. Figuraban unas señas en la antigua póliza, pero no vive allí ya. He pedido a la policía de Nueva York que trate de localizarla, aunque no será tarea fácil.

—De modo que volvemos al principio. No hay motivo aparente para esos crímenes.

—No, no lo hay. Por su amigo Delano sabrá usted que no había nada en común entre ellas, salvo que eran actrices, y que empezaban a triunfar en su carrera. Pero por eso, nadie mata a unas personas. A menos que se tratase de un psicópata que se sintiera fracasado en el mundo del cine y buscase tan extraña venganza en los que triunfan.

—Ya he pensado en ello, teniente. La teoría del psicópata es sugestiva y parece explicarlo todo, pero...

—Pero ¿qué, Garfield? —me miró, ceñudo.

—Eso: lo explica demasiado bien. Demasiado fácil. No acaba de gustarme.

—Acabará volviéndome loco. Usted ha removido algo que ni siquiera sabe cómo se cuece. Espero que al final vayamos a parar a alguna parte.

—Sí, yo también —afirmé, sombrío, encaminándome a la salida de su despacho—.

¿Encontraron algo en el repecho donde mataron a Solly y me dispararon a mí?

—Poca cosa. Unas huellas de calzado de goma que puede corresponder a cualquiera. Los neumáticos del coche son corrientes, pero su dibujo puede haberlo cambiado el tirador en cuanto terminó su trabajo, y no creo que hallemos vehículo alguno de los que fueron al cementerio, que encaje en ese punto.

—Sí, estamos de acuerdo. El asesino es muy listo, teniente.

Salí de allí sin que Vogel me comentase nada más. Lo cierto es que parecía preocupado.

Y algo desconcertado con el asunto. Igual que yo.

* * *

Víctor Delano me puso las fotografías en abanico delante de mis narices. Me estremecí.

Ver a Lauri Taylor como su madre la había traído al mundo, me resultaba ahora desolador. Ciertamente, había tenido un cuerpo digno

de salir desnudo en la pantalla.

Pero en estos momentos, ella estaba muerta, y contemplar su desnudez en aquella escena me daba la impresión de una profanación injusta con su recuerdo.

—¿Te das cuenta, Darren? —me preguntó mi amigo.

Asentí. Claro que me daba cuenta. Eran seis fotografías. Seis. Dos de cada actriz. Dos de Yvonne Davis, dos de Melody Malone, dos de Lauri Taylor...

Todas ellas desnudas. Y con otras personas en la escena. Desnudas también. En posiciones provocativas, voluptuosas. Pornografía. Sencilla y llanamente, pornografía.

Escenas de películas llamadas con eufemismo del «género erótico».

—¿Todas ellas trabajaron, entonces, en tal clase de cine? —murmuré.

—Todas, Darren, absolutamente todas, como ves. No puedes reprocharles nada. Los

comienzos aquí son duros. Cuando la necesidad aprieta, hay que hacer lo que sea. Esto es mejor que prostituirse de verdad y hacer de fulana en la calle.

—No pienso en ellas ahora —suspiré, cerrando el abanico de fotografías—. Estaba pensando en los que, como Crane y Cortesse, o los Stampa y Lee Landis, medran y se enriquecen con esto, explotando a las actrices sin trabajo, a las *starlets* que empiezan.

—Así es este negocio. No busques moralidad en Hollywood.

—He visto un rostro en todas esas escenas, acompañando a unas y otras —señalé pensativo.

—¿A quién?

—Howard de Haven, el actor contratado por Nelson Crane.

—Oh, sí. Se especializó en el género —Delano sonrió—. Las mujeres decían de él que estaba muy bien dotado. Ya no es tan joven, pero sigue haciendo cosas de estas. Debe su carrera y su éxito a Crane, y tiene que hacer algo por él.

—Creo que veré a De Haven —comenté, guardando las fotografías. Fui

camino de la salida. Antes, me volví a mi amigo y añadí—: Ahora ya tenemos algo en común para las tres. Habrá que buscar a una determinada especie de hombre.

—¿Qué especie?

—Hay dos posibilidades antagónicas, Víctor. Una, que sea un obseso sexual, enloquecido por los encantos físicos de ellas tres. Otra, que se trate de un fanático religioso o moralista, dispuesto a exterminar a las mujeres que se exhiben en filmes pornográficos...

* * *

Howard de Haven estaba tenso, preocupado. Su expresión era sombría.

Apartó las fotografías que yo le había mostrado y se encogió de hombros.

—¿Y bien, Garfield? —indagó—, ¿Qué significa esto?

—Eso quisiera yo saber, amigo. Usted ha trabajado con muchas actrices en ese género, por lo que veo.

—Sí, bastantes. Todas las actrices jóvenes que quieren abrirse camino en Hollywood han de empezar por cosas así, si quieren llegar lejos.

—Eso explica que las tres tuvieron cuentas bancarias superiores a lo normal en actrices que inician su éxito. El género está bien pagado, ¿no?

—Si se vale, por supuesto —asintió él con una risita cínica—. Y esas chicas valían, se lo aseguro. No sólo por sus cuerpos, sino porque sabían dar calor y pasión a sus interpretaciones.

—Están muertas, no lo olvide —le corté secamente—. Es mejor no recordar cosas así.

—Está bien, si le molesta no lo haré. Ignoraba que fuese usted un puritano, Garfield.

—No lo soy. Busco a un asesino, eso es todo. Y no me gusta esa clase de cine.

—Temo no poder ayudarle en nada. De esas películas hace ya tiempo.

—Pero usted sigue trabajando en el género.

—De vez en cuando. Crane tiene invertido mucho dinero en la distribución y explotación de esos filmes.

—Y usted es un fiel esbirro de Crane, ¿no?

—Recuerde que usted también lo es ahora —silabeó De Haven mirándome irritado.

—Se equivoca, amigo. No soy nada de nada. Ni de Crane, ni de nadie. Es más, empiezan a darme tanto asco usted y su jefe, como los Stampa y Lee Landis. Creo que todos son basura, y voy a romper toda relación con Crane. Pero antes quiero saber quién pudo matar a esas chicas.

—Está usted loco, Garfield. No hubo asesinatos. Sólo suicidios. Esas mujeres de Hollywood están todas chifladas. Son neuróticas incurables.

—Tal vez. Pero en esta ocasión, ninguna puso fin a su vida. Las mataron a sangre fría, De Haven. Y no quiero que su compañera actual u otra cualquiera corra igual suerte en cualquier momento.

—¿Quién? ¿Sue? —se sorprendió.

—Sí, Sue Hopkins, que también se desnuda junto a usted para rodar escenas así. Si nos encontramos ante un sádico o ante un fanático puritano, son muchas las actrices jóvenes que pueden morir por falso suicidio. Trate de recordar si conoce a alguien que en alguna ocasión haya amenazado a las actrices de esa clase de películas por la razón que sea, si había algún obseso fascinado por sus encantos, o dispuesto a utilizar la espada flamígera contra los corrompidos.

—¡Qué tontería! No recuerdo a nadie así, Garfield —rechazó él vivamente, iniciando una risa burlona que, sin embargo, se le enfrió de repente en los labios, hasta helarse.

Una ráfaga sombría cruzó sus ojos cuando añadió, más despacio—. Aunque... espere. Creo recordar algo, ahora que usted lo dice...

—Adelante, De Haven. ¿Qué es lo que ha recordado?

—Hubo alguien, sí, que un día pretendió quemar los Estudios donde filmábamos una de esas películas... Era un tipo raro, un fanático que clamaba por la corrupción del mundo por el pecado de los pervertidos y por todas esas cosas que se dicen cuando la cabeza no anda demasiado bien y quiere ser uno el ángel exterminador, o cosa parecida...

—Angel exterminador... —reflexioné, ceñudo—. Sí, eso encaja... ¿Recuerda algo del tipo en cuestión? ¿Algún indicio para dar con él?

—Recuerdo más que eso, Garfield —suspiró Howard De Haven. Luego supimos de quién se trataba, porque Lauri Taylor filmaba con nosotros, y fue la que se llevó el mayor susto.

—Bien, ¿quién era?

—Se llamaba Kelly Anderson... y había sido esposo de Lauri Taylor hasta que ella se divorció de él por adulterio y malos tratos...

CAPITULO IX

Kelly Anderson. El ex marido de Lauri. El hombre cuya vida había investigado yo en un tiempo, proporcionando a su mujer los datos precisos y las pruebas necesarias para obtener su divorcio de él.

Kelly Anderson, convertido en un puritano exterminador. No encajaba. Pero Howard de Haven no había mentido. Una ojeada al fichero de Austin Goodman, mi editor, me facilitó los datos precisos.

Los leí, asombrado y luego cambié una mirada de perplejidad con Goodman.

—Ha leído bien, Garfield. Creí que conocía la historia. Kelly Anderson se hizo drogadicto después de divorciarse de Lauri Taylor. Se arruinó totalmente, y aunque le curaron de su vicio, las drogas le atacaron a la cabeza, desequilibrándole. Fue internado en un centro psiquiátrico del Estado de California, por agredir a prostitutas en las calles, romper vidrieras de cines que proyectaban películas sexuales, y tratar de incendiar unos estudios donde se rodaba un filme «porno». Pero ignoraba que hubiera sido donde rodaba Lauri, precisamente.

—¿Y ahora? ¿Sabe si sigue internado en ese centro o no?

—No sé nada —se encogió de hombros—. Los datos están ahí porque fueron noticia en su día, Garfield, pero eso es todo. Ignoro cuál haya podido ser la suerte de Kelly Anderson.

—Creo que debo buscarle, esté donde esté.

—¿Piensa que él puede ser el asesino que busca?

—¿Por qué no? Los indicios van apuntando hacia él, Goodman. Puede que tenga una sórdida y amarga historia para cerrar el caso de los

falsos suicidios en cualquier momento.

—Sea cual sea el final de esta historia, gustará al público, estoy seguro. Una vez, en Nueva York, cuando yo empezaba en esta profesión y aún no me había casado, conseguí el reportaje sobre un sádico asesino de mujeres, y el periodicucho donde trabajaba, vendió más ejemplares que en toda su historia. La gente es morbosa, Darren.

Asentí, distraído. Estaba pensando en Kelly Anderson, en Lauri, en tantas cosas del pasado... Y en la importancia que podían volver a tener ahora, en el presente. Era como volver a un mundo de fantasmas.

Me puse en pie, dispuesto a hacer algo lo antes posible

—Creo que buscaré a Anderson donde esté —dije—. Hasta pronto, Goodman.

—Suerte, Garfield —me deseó mi editor.

Salí a la calle. Apenas la hube pisado, comenzó la función.

El crepitar de la ametralladora invadió la vía pública. Me tiré de bruces al asfalto, rápido como una centella, rodando hasta buscar la protección precaria de una boca de riego, en la que maullaron los balazos en busca mía.

Un coche oscuro pasaba lentamente frente a mí, comenzando a acelerar la marcha, en tanto tras una cortinilla corrida sobre la ventanilla trasera, emergía el llameante cañón de un fusil ametrallador.

Disparé mi revólver desde el suelo, rompiendo los vidrios de una de las ventanillas, pero esta vez no atiné como el día en que me enfrenté a Renzo Stampa. El vehículo aceleraba su marcha.

Y, de repente, otra arma automática crepitó al lado opuesto de la calle, convirtiéndose ésta en un pandemónium delirante. El coche agresor fue alcanzado en el depósito de combustible y en toda su carrocería. Salvó el bordillo de la acera, arrancó otra boca de riego de cuajo, y fue a estrellarse contra una esquina de ladrillos, estallando de repente en una llamarada violenta, que envolvió al vehículo entero.

Por una portezuela, emergió, envuelto en llamas, un hombre con un fusil ametrallador en sus manos. Le reconocí. Era Renzo Stampa. Por la otra portezuela, pistola automática en mano, saltó otro que se le

parecía notablemente. Su hermano Vito, sin duda.

La ametralladora enemiga cantó de nuevo su horrible y estridente melodía. Barrió literalmente a los dos mafiosos que, convertidos en auténticos peleles ensangrentados, fueron dando volteretas por el suelo, a la luz violenta de las llamas.

La tragedia había terminado. Otro coche oscuro se alejó, veloz, a través del bulevar.

Contemplé, absorto, los cuerpos de los hermanos Stampa. Ya no tenía enemigo alguno.

Otros pistoleros habían matado a los mafiosos. Ahora la cosa quedaba entre ellos.

Imaginé que Crane y Moss estaban tras ese tiroteo que protegió mi vida y exterminó a sus adversarios.

Todo me dio asco. Tan despiadados y brutales eran unos como otros. No quería más amistad ni protección por parte de Nelson Crane ni de ninguno de su calaña. Eché a andar, mientras la gente acudía en tropel al escenario de la masacre, y las sirenas policiales sonaban en la distancia.

Esta vez no quería ser testigo de nada. Quería olvidar cuanto antes todo aquello y verme lejos de allí. Lejos de muchas cosas que me repugnaban.

* * *

Localicé a Kelly Anderson en un centro psiquiátrico del Estado situado en las montañas de Santa Mónica, al norte de Los Angeles.

Su director, el doctor Warren, examinó su ficha y me atendió. Sus palabras fueron breves y concisas:

—Sí, señor Garfield. Kelly Anderson es un enfermo psíquico que padece manía purificadora. Quiere que el mundo sea mejor, que no haya vicio ni corrupción. Es inofensivo, a mi juicio, desde que el tratamiento resultó, pero sigue pensando que ha de llegar un ángel justiciero, un ser puro que limpie el mundo.

—No le falta razón. Lo malo es que quien piensa, así, es un loco para los demás.

—Le seré sincero, señor Garfield —sonrió el doctor Warren—. Anderson no está loco.

Sólo sufre una neurosis aguda, resultado de la acción de una dosis excesiva de droga en ciertos centros nerviosos de su cerebro. Pero ahora es ya totalmente inofensivo, como le digo, y la prueba es que sale determinados días, con permisos de veinticuatro horas, para pasarlos con su familia en la ciudad, y luego vuelve dócilmente aquí.

—¿Familia? —indagué, sorprendido—. No sabía que la tuviera...

—Bueno, parientes lejanos, pero familia, a fin de cuentas. Su prima viene siempre a recogerle y a llevarle.

—¿Prima? ¿Sabe su nombre?

Miró en la ficha y asintió, informándome:

—Susan. Susan Anderson, residente en Nueva York, actualmente en Los Angeles —

dijo—. Ella cuida de él cuando tiene permiso.

Mi mente empezaba a bullir. Había algo en todo aquello que me producía una rara excitación. Era la sensación de encontrarme ante algo intangible pero real. Ante la verdad misma. Ante la solución de todo. Pero había algo que aún se me escapaba. Algo sutil, pero muy próximo...

Tratando de dominar mi agitación, insistí:

—¿Tienen anotadas las fechas exactas en que el paciente abandonó el establecimiento últimamente?

—Por supuesto —me contempló, intrigado—. ¿Cree que eso es importante?

—Puede serlo, ya lo creo —asentí con viveza—. Me bastará con los datos de estos últimos quince días, doctor.

—Espere un momento —giró la ficha y examinó unas anotaciones atentamente. Tomó una pluma, transcribiendo una serie de fechas a un papel timbrado. Me lo tendió, sonriente—. Esos son los días que salió de aquí. Espero le sirvan de algo.

—¿Sale día y noche completos?

—Sí. Veinticuatro horas, exactamente. De nueve de la mañana de un día, a nueve de!

otro. Es el reglamento.

—Veo... veo que no ha salido de aquí en los últimos cinco días —hice notar, con perplejidad, al examinar la lista.

—Cierto. Tenía que hacerlo, pero ocurrió un imprevisto, y su prima tuvo que irse sin él.

—¿Qué ciase de imprevisto?

—Un pequeño accidente. Trabaja en el taller del centro, para que tenga sus horas entretenidas. Se cayó por las escaleras, causándose una fractura que le hizo permanecer en cama. Ahora está escayolado y puede salir ya. Fue en un brazo, el izquierdo.

—Comprendo —asentí—. ¿Qué día ocurría eso, doctor? ¿No sería... hace tres días, exactamente el miércoles?

Me miró sorprendido, tras consultar la ficha.

—Exacto —confirmó—. ¿Cómo lo supo?

—Simple deducción, doctor —le miré, sonriente—. ¿Puedo ver al enfermo?

—Por supuesto. Trátele amablemente, por favor. Sin rudeza, ni brusquedad. Está muy sensibilizado a ciertas cosas.

—Espero que su memoria no esté tan sensibilizada, doctor —comenté, sin que él entendiera mis palabras.

* * *

Por fortuna, Kelly Anderson había perdido gran parte de su memoria. Ni siquiera me recordó. De otro modo, reconocer al detective que ayudó a su esposa en el divorcio, hubiera resultado funesto para mis proyectos.

Ciertamente, era como él espectro de sí mismo. Dócil hasta la exageración, callado, introvertido, siempre sonriendo de forma bobalicona, con aire ausente. Respondía de modo mecánico a todo.

Pero su respuesta a una pregunta mía, me la había temido desde el principio:

—No, no recuerdo el camino a casa de mi prima Susan y mi primo John —dijo apaciblemente, con su mirada fija en el vacío.

—¿No la recuerda? —insistí—. Pero usted va con ella siempre a su casa, ¿no?

—Sí, claro. Sólo que prima Susan tiene la costumbre de llevar cortinas corridas en el coche. No veo nunca nada. Absolutamente nada.

—¿Ni tiene idea de dónde está situada, cómo es la casa...?

—Oh, una finca muy bonita, eso sí. Rodeada de árboles y jardines. Es todo. Pero no sé dónde está. Cuando salgo del coche, está ya en el garaje. Y al volver, lo mismo.

—Anderson, ¿desde cuánto conocía usted a su prima Susan? —indagué.

—Bueno, estuve muy enfermo, señor... —me miró vagamente—. No la recordaba ya.

Hacía tiempo que no me había visto. Es lo que me dijo al visitarme la primera vez. Luego, ya vino más a menudo, para llevarme después a su casa, con su marido...

—Anderson, esto es *muy* importante —dije—. No creo que su prima Susan vuelva nunca más por aquí. ¿Podría describírmela, describir a John, su marido?

—Pero... pero ella me dijo que volvería esta semana... —protestó Anderson.

—Ha ocurrido algo —mentí—. Su prima tiene que salir de California urgentemente y no podrá volver. Necesitamos encontrarla para enviarle a usted una temporada con ella a la primera ocasión, ¿entiende? Supongo que eso le gustaría...

—Oh, sí, mucho —le brillaron los ojos, felices—. —podría... dibujárselos.

—¿*Dibujarlos*? —me puse rígido—. ¿A... los dos, a sus primos John y Susan?

—Sí —asintió él, radiante—. Dibujo muy bien, ¿verdad, doctor?

El doctor Warren asintió, mirándome de modo significativo.

—Olvidé decirle que su trabajo del taller consiste en dibujar y moldear figuras y grupos decorativos —me explicó.

Lancé un suspiro y miré a Kelly Anderson con una remota esperanza de triunfo.

—Está bien —murmuré—. Adelante, amigo. Dibuje a los dos, por favor...

Le dieron papel y lápiz. Comenzó a dibujar con una seguridad asombrosa. Al terminar me tendió el papel con dos rostros, uno de mujer y el otro de hombre. El primero, me era totalmente desconocido. El otro, no.

Respiré hondo. El doctor Warren me miró, curioso. Anderson miraba embobado al vacío.

—¿Le ayuda en algo, señor Garfield? —me preguntó.

—Me ayuda en *todo* —dije roncamente—. Ahora ya sé quién es el asesino...

CAPITULO X

Los disparos sonaron en la noche, justo cuando llegaba al seto que bordeaba la acera, junto al centro psiquiátrico, no lejos de donde mi coche, ya reparado, aguardaba mi regreso.

Pero esta vez iba preparado. Sabía que iba a ocurrir, porque no podía ser de otro modo.

Me arrojé al suelo rápidamente. Las balas quebraron ramas y hojarasca del seto.

Mis ojos habían estado bien atentos, desde que salí del centro médico, al grupo de árboles situado enfrente. Era el lugar ideal para una emboscada. Disparé contra aquel lugar mi revólver velozmente, apenas toqué el suelo, porque llevaba el arma en mi mano.

El rifle oculto replicó de forma contundente, y las potentes balas zumbaron sobre mí.

Volví a disparar. En la distancia, sonó la sirena policial de algún coche-patrulla, alertado por los estampidos.

Eso puso fin a la nueva emboscada. Dejaron de sonar disparos. Luego, un motor roncó en la noche, perdiéndose en la distancia. El asesino

había vuelto a fallar.

Me incorporé, subiendo a mi propio coche y poniéndolo en marcha, sin esperar a la policía. Esta vez nadie me había protegido. Yo había procurado burlar a cualquier seguidor en mi viaje de ida al centro psiquiátrico. Y lo había logrado. No quería nada de Crane y sus esbirros. No quería nada de los pistoleros de ninguna banda o facción. Todos me resulta-ban igualmente odiosos y despreciables.

Conduje el coche hacia un determinado lugar, tras revisar una guía telefónica en una cabina. No me resultó difícil dar con las serías que buscaba. Y hacia allí me dirigí, tras hacer en la cabina un par de llamadas.

Iba hacia el desenlace final. Hacia la verdad.

* * *

—¡Cielos, Garfield! —se asombró al verme en el umbral—. ¿Usted aquí?

—Perdone esta visita intempestiva en plena noche, Goodman —dije a mi editor risueñamente—. ¿Puedo entrar a hablar con usted un momento?

—Claro —asintió él vivamente—. Entre, Garfield, amigo mío. Hemos terminado de cenar, y mi esposa está limpiando los platos, para escuchar luego el serial radiofónico...

Llevaba puesto un batín de seda acolchada, color verde oscuro, con cordón en la cintura.

Me acompañó a un *living* pequeño y confortable, y me hizo tomar asiento.

—¿Una copa, Garfield? —me invitó.

—No, gracias. No tengo ganas de beber ahora, Goodman.

—Bien, gracias. No tengo de beber ahora, Goodman.

—Bien. En ese caso, le escucho. ¿Ocurre algo realmente serio como para que usted venga a mi casa en plena noche? Creo que ni siquiera le había dado mis señas...

—No es difícil encontrar la dirección de alguien que esté en la guía telefónica —sonreí débilmente. Luego pregunté suavemente—: ¿Cómo

está Susan, su esposa?

—Oh, muy bien. Ya le dije que... —se detuvo, de repente, con aire perplejo. Le vi palidecer, El editor del *Film Weekly* me miró con ojos dilatados—. ¿Ha dicho... Susan?

—Sí —amplié mi sonrisa—. ¿No es su nombre?

—Ella... ella se llama Mary Susan. Habitualmente, usa siempre el nombre de Mary, no el de Susan. ¿Cómo pudo saber eso? Ella no figura en la guía telefónica... —ironizó.

—No —negué—. Figura en este dibujo... junto a usted, Goodman.

Puse ante él la hoja de papel con los dos retratos a lápiz. Los miró. Le vi tragar saliva. Su nuez subió y bajó angustiosamente.

—Excelente dibujo, pero no entiendo... —comenzó.

—Kelly Anderson los hizo.

Estaba lívido. Le temblaba la mano que partió el dibujo. De la cocina, llegaba ruido de platos y de agua corriendo.

—Kelly Anderson... —repitió roncamente—. ¿Lo encontró?

—Usted sabe que sí, Goodman. Estaba esperándome a la salida del centro Psiquiátrico de Santa Mónica. Como en el repecho de la carretera de Beverly Hills.

—¿Qué es lo que dice? —se sobresaltó.

—Es inútil fingir ya, Goodman. Debió recordar que Anderson era buen dibujante, y por eso fue a matarme a la salida del centro médico. Sabía ya demasiado.

—¿Se ha vuelto loco? No entiendo absolutamente nada, Garfield.

—Lo entiendo todo, Goodman. Porque usted lo hizo. Usted, y su encantadora, esposa Susan. Susan Goodman ahora. Susan Taylor antes. La prima de Lauri en Nueva York. Recordé de repente que usted vivía en Nueva York y se casó allí. Para Kelly Anderson, usted era «el primo John». ¿Se llama también John Austin Goodman tal vez?

—Sí, —afirmó él con voz rota—. Pero recoger a Anderson en casa de vez en cuando, no es ningún crimen, Garfield.

—Recogerlo, no. Pero sacarlo del centro, casualmente, los días en que murieron Yvonne Davis y Melody Malone, resulta muy significativo. Susan y usted son hábiles. Por si fallaba la historia de los supuestos suicidios, montaron una farsa mediante la cual, Kelly Anderson sería el culpable de esas muertes. Un ángel exterminador, un pobre loco obsesionado por la moral, dispuesto a matar a todas las chicas que habían trabajado en cine pornográfico. Sólo que ése no era el motivo de los crímenes, ¿verdad, Goodman?

—Está rematadamente loco si piensa eso. ¿Por qué querríamos nosotros matar a nadie?

—Porque la muerte de Lauri Taylor significaba para ustedes doscientos mil dólares de seguro de vida. Estaba la póliza a nombre de Susan, su prima de Nueva York, ¿recuerda? Y

Susan era su esposa ahora, Goodman. Los otros crímenes era puro relleno, crear una monstruosa coartada. No se investigaría la muerte de Lauri exclusivamente, sino unida a la de las otras dos chicas. Y caso de no admitirse la teoría del suicidio, se admitiría que un maníaco lo había hecho. Al no tener coartada esas noches, Anderson sería acusado y condenado. Las cosas fallaron cuando el día que tenía que morir Lauri, Anderson sufrió una lesión y no se le autorizó a salir del establecimiento. Pero usted no podía ya aplazar sus planes, porque evidentemente necesitaba un día en que la doncella de Lauri tuviese libre, para entrar de noche en la casa, drogando alguna bebida que Lauri ingería, como las otras, antes de dormir, ya fuese leche, zumo de frutas o agua, y una vez dormida

desmenuzaba las píldoras de droga y se las hacía tragar con whisky, causándole inevitablemente la muerte. Resolvieron que más tarde, cuando mataran a la cuarta víctima, para disimular de modo definitivo el crimen de que Lauri tenía que ser víctima, volverían a sacar del centro al pobre Anderson, y nadie se fijaría en el hecho de una de esas noches había estado en el centro médico con el brazo inmovilizado.

—Es una historia delirante, Garfield. Y ni siquiera tiene una sola prueba contra nosotros...

—Kelly Anderson hablará si se le llama a juicio. Se descubrirá que Susan era la prima de Lauri Taylor. Y que ustedes, entonces, creían que la póliza seguía igual, con ella como beneficiaria. Habrá sido un rudo golpe para ambos saber que tanto crimen fue inútil, y que yo soy su beneficiario único...

—Maldito Darren Garfield... —dijo la voz a mi espalda—. Desde que llegó, sólo ha creado problemas con su modo de husmear y entrometerse en todo...

—¡Susa, quieta! —ordenó abruptamente Goodman—. ¡No cometas locuras!

Intenté volverme, pero algo frío, metálico, se apoyó duramente en mi nuca, inmovilizándome.

—No seas necio, Austin —le cortó aquella fría y autoritaria voz de mujer—. No hay otro camino. Quítale el arma que lleva, pronto.

—Susan, esto es admitir que nosotros...

—Austin, esto es obrar con cordura. Garfield tiene suficientes triunfos en su mano para enviarnos a la cámara de gas a los dos, ¿es que no lo comprendes? ¡Y todo eso, a cambio de nada! Un plan tan perfecto, echado a perder por un miserable detective de tres al cuarto... Lauri debía de estar chiflada por él para cambiar tan de repente esa póliza...

Goodman me quitó el revólver. Luego, ella dio vuelta a mi alrededor, y se situó ante mí, clavando el cañón de su pequeña pistola niquelada justo en mi barbilla.

—Voy a enviarle al infierno, bastardo —me avisó ella con frialdad.

La miré. Era una mujer joven aún, esbelta y no mal parecida. Pero había dureza y odio en su gesto, en su mirada. Era sin duda una resentida capaz de todo por conseguir lo que por sí misma no había logrado obtener. Austin Goodman no eligió bien a la compañera de su vida, pensé amargamente. El no me parecía tan malo. Era ella su ángel perverso, la que sin duda le llevó a ser lo que era ahora: un asesino.

—Susan, eso implica una confesión de culpabilidad —jadeó él, angustiado.

—¿Y qué me importa eso a mí? —se enfureció ella, despidiendo chispas por sus ojos—.

Garfield es un estorbo. Lo fue siempre. Tiene que desaparecer. Creerán que le mató la Mafia... o ese fantasma asesino en quien cree. Esta casa está lo bastante aislada y solitaria. No se oirá el disparo. Luego, nos desharemos del cadáver, llevándolo lejos de aquí. No hay cuidado, Austin. Tenemos que hacerlo. Es el único modo de salvar la piel.

—De modo que no niega nada, ¿eh, Susan? —la miré, agresivo—. Confiesa que entre usted y Goodman planearon esos crímenes, y procedieron a asesinar a las tres actrices, fingiendo suicidios... Todo por la póliza de Lauri Taylor, que ocuparía el tercer lugar en su macabra lista...

—¿Por qué he de negarlo? —replicó agriamente la prima de Lauri—. Sabe que somos culpables. Pero las ideas son siempre mías. Austin hace el trabajo, como matar a las chicas, disparar contra usted o liquidar a aquel pistolero, Solly. Pero el cerebro es el mío.

Siempre el mío. Ahora seré también brazo ejecutor. De su muerte, Garfield voy a ocuparme yo, en persona...

Sonreí, sin decir nada. Ella se apartó un poco, para dispararme a bocajarro y volarme la cabeza con aquella pistola que parecía un inofensivo jugueto.

—No lo haga —la avisé—. La casa está rodeada. Fuera de aquí, están el teniente Vogel, de la policía, con sus hombres. Y Víctor Delano, mi colega, con sus subordinados, por si fallase la policía.

—Está fanfarroneando —cortó Susan agriamente—. No hay nadie fuera.

—¿No? —moví la cabeza—. Escuche, Susan, y se convencerá. Basta mi voz. ¡Aquí, teniente Vogel! Es el momento.

Los vidrios de la galería encristalada que daba al jardín, saltaron en pedazos. La cortina se desgarró. Austin Goodman chilló, angustiada su expresión. Su mujer, más valerosa y decidida, alzó su arma hacia allí para disparar.

Un agente de Vogel hizo fuego antes que ella. Vi saltar de su mano, repentinamente cubierta de sangre, la pequeña automática. Los policías invadieron la estancia. Las esposas se cerraron sobre las muñecas de ella y de su marido.

—Menos mal —murmuré—. ¿Por qué tardó tanto, teniente? Empezaba a inquietarme...

—No había nada que temer, Garfield —sonrió el policía—. Habíamos practicado un roto en el vidrio, con un diamante, y extrayendo el círculo de vidrio con una ventosa, sin hacer ruido. Eso fue mientras sonaba el grifo y ustedes hablaban. Hemos podido ser todos testigos de lo que aquí se decía. Demasiados testigos para que se libren de la

cámara de gas los dos.

Susan me miró con odio. Goodman con amarga resignación. Se los llevaron. Me volví a Delano, tras el cual asomaba, muy pálida y emocionada, Melissa Powers.

—¿Tú aquí? —me sorprendió—. ¿Quién te avisó de la función?

—Estaba en la oficina del teniente Vogel cuando llamaste desde la cabina pública, Darren —dijo Melissa, acercándose a mí y poniendo su mano en mi brazo. Me miró con afecto y emoción—. Pedí venir con ellos, y cedieron tras algunas protestas. No podía perderme .esto.

—Así harás una buena escena final para el guión —sonreí.

—No pensaba en el guión entonces, Darren —rechazó ella, airada—. Sólo en ti, en tu seguridad, en tu vida...

—Eso es emocionante, Melissa —suspiré, complacido—. ¿Qué tal si ahora nos vamos a celebrar esta última secuencia de la película de la vida, con una cena y una botella de excelente vino blanco del 32 en cierto restaurante?

—¡Maravillosa idea, Darren! —palmoteo ella vivamente—. ¿A qué estás esperando?

Y tiró de mí hacia la salida, con una impaciencia que me resultó halagadora.

Pero en el fondo, estaba convencido de que, además de la cena, Melissa deseaba estarlo antes posible a solas conmigo. Después de todo, era lo que yo también estaba deseando respecto a ella.

Para Lauri, quedaría su recuerdo en mi mente durante años. Y su dinero serviría para filmar aquella película en que ella, aun estando muerta, estaría presente, como un símbolo de la muchacha joven e ilusionada que llega a Hollywood para hundirse en su

¡AHORA sí es posible!
*Puede usted saborear de
nuevo las más apasionantes
e inolvidables novelas de*

MARCIAL LAFUENTE ESTEFANIA

*a través de una selección
que ofrecen las Colecciones:*

BISONTE Serie Roja

BISONTE Serie Azul

BUFALO Serie Roja

BUFALO Serie Azul

CALIFORNIA

SALVAJE TEXAS

COLORADO

KANSAS

HEROES DEL OESTE

CALIBRE 44

HOMBRES DEL OESTE



ASEGURE SU EJEMPLAR

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 35 PTAS.

desilusión, su miseria... y para terminar, a veces, muriendo sin despertar.

FIN